

Vicente Valero

EL ARTE DE LA FUGA

PERIFÉRICA



EL ARTE DE LA FUGA

VICENTE VALERO

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2015
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

© Vicente Valero, 2015
© de esta edición, Editorial Periférica, 2014
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001

info@editorialperiferica.com

www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18264-39-9

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Mundo, entérate bien: se desvanece la plata de las estrellas.

WALT WHITMAN

VEN, HERMANA MÍA ESPOSA

En verdad ninguno de los frailes apiñados en aquella celdilla fría y oscura consiguió ver que el alma saliera de su boca, sólo puntos amarillos de saliva expulsados de la lengua llagada, cuando el estertor se transformó en un suspiro último, negro como el crujido de un álamo en la noche de invierno. Así pues, pensaron todos entonces, el alma de los santos enamorados también era invisible; es decir, que se escurría como cualquier otra entre los labios resecos, casi azules, sin ser vista ni oída, para buscar inmediatamente después, ansiosa, la frente ungida con los óleos y poder de esta manera tomar impulso hacia lo más alto, deslizarse por fin hacia una paz definitiva. Hubieran dado todo cuanto poseían —aunque esto es, por supuesto, sólo un decir, pues nada poseían aquellos pobres rezadores— por contemplar el cuerpo moreno y entregado de la Amada, incluso sospechando que aquel deseo pudiera ser impuro, como tantos otros deseos del hombre, si bien las sagradas escrituras nada decían sobre aquel asunto. Pero Juan acababa de morir, se trataba ya de un hecho indiscutible, y en aquella covacha desnuda ni los descalzos de Úbeda ni aquellos otros llegados de Baeza y La Peñuela habían conseguido vislumbrar el vuelo último del alma, aunque Dios ya andaba por todas partes en aquella hora nocturna, nadie podía dudarle, Dios era un olor bendito que emanaba de la carne podrida y de sus vapores todavía cálidos, una luz húmeda, casi irrespirable. Hacinados e inquietos, aquellos hombres flacos y devotos de la Virgen del Carmen se habían asomado a la boca del moribundo con la esperanza de *ver*. Allí buscaron, con los ojos bien abiertos, emocionados, unidos en el mirar, un último rescoldo, una sombra palpitante, la mariposa de la fe. El poeta, el santo, el místico, aquel fraile distraído y un poco loco —¿cuál de todos ellos era entonces o a cuál se le esperaba más allá de la vida y la muerte?— se había consumido entre estertores, después de haber escuchado una vez más las preciosas margaritas de Salomón, el canto perfecto del amor perfecto, y sus ojos empezaban a divisar una oscuridad nueva, todas las llagas de su cuerpo ardían como antorchas en la noche —¿a qué esperaba entonces el Amado?—, mientras los frailes besaban sus manos y sus pies, esperaban la salida fulgurante de la esposa.

Dejaremos dicho aquí para empezar que durante aquel largo otoño andaluz del año 1591 hubo sol y hubo tormentas, después de los últimos sudores empezaron a caer las hojas de los árboles, llegó por fin un día la nieve a las cimas serranas, el cielo se llenó de nubes grises. Nadie sabe cómo serán sus últimos días, si hará frío o calor, si lloverá y los ríos inundarán calles y sembrados, si habrá sequía y enfermarán los animales, o si la luz del sol, como una mano de madre imperecedera, acariciará una a una todas las palabras de la despedida. Puede que Juan supiera, sin embargo, cuando escogió Úbeda y no quiso ir a Baeza ni a Linares, como le suplicaron los frailes campesinos de La Peñuela —aquel lugar silvestre donde comenzaron sus heridas—, que en su morir habría cielos de otoño cada vez más fríos y solitarios, como los que su alma deseaba, pero el abrazo también de los hermanos descalzos y la fe no menos cálida de los vecinos que nada sabían de él, que nunca habían oído hablar de sus canciones, y que su cuerpo imploraba tal vez como el de un niño desamparado. Durante aquellos casi ochenta días últimos que pasó Juan en el convento ubetense, las noches fueron haciéndose cada vez más largas y oscuras, como el dolor de la carne y la soledad del sacrificio, pero no por ello la dulzura del otoño estuvo ausente en aquella celdilla con su plenitud de estación profunda y generosa. Así,

durante aquellos días, hubo pájaros también en la ciudad, estorninos y petirrojos, grullas de paso, zorzales y codornices. Hubo un repetido runrún de aguas sobre las piedras de las murallas y de las iglesias, que Juan podía oír tendido en su camastro, tal vez con cierto placer, o al menos con el alivio que la lluvia concede siempre a los sedientos, y un viento que soplabá y batía las ramas de chopos y naranjos. Pudo beber el zumo rojo de la granada, morder la carne amarga del membrillo. Y por el estrecho ventanuco es posible que entraran alguna vez también el aroma de los limoneros y la ráfaga candente del relámpago.

Que al padre Crisóstomo, prior del convento, no le viniera nadie con monsergas de milagros ni de versos, él era un hombre de púlpito y de tratados gruesos. No había visto nunca a un santo, pero sí a muchos extraviados que se decían poetas, incluso a algunos herejes alumbrados que habían merecido el castigo riguroso pero justo de Roma. Lo mejor era hablar poco con el enfermo y, a ser posible, que nadie supiera que estaba allí con ellos. No era este prior, a decir verdad, un hombre envidioso, pero sí un fraile asustadizo, cumplidor y obediente, que maldecía la hora en la que a Juan se le había ocurrido ir a morirse a su convento. Cuando lo vio llegar, aquel anochecer caluroso de septiembre, a lomos de un burro fatigado, ya se temió lo peor. Y lo peor era entonces solamente que aquel hombre a quien su propia orden había perseguido, encarcelado y ahora también desterrado, cuyas cartas habían sembrado las clausuras de palabras dudosas y de sofocos místicos, llegara ahora a Úbeda para repartir rimas y milagros. Se prometió entonces a sí mismo, mientras Juan se bajaba con dificultad del pollino, que no se lo permitiría y, sobre todo, que no se dejaría engañar por él, por su hábito raído y sucio, por su ya célebre jerigonza de nadas y desiertos, y menos aún por sus jaculatorias contra incendios y tormentas. Qué había venido a buscar exactamente el perseguido, sin embargo, lo sabría el prior muy pronto, cuando Juan cayó desmayado en la puerta del convento, con sus llagas y sus calenturas, porque aquella debilidad tan cierta —con aquel rostro suplicante y famélico, con aquel temblor de piernas— le dio a entender que el enfermo lo había elegido precisamente a él para que guiara su alma por el sendero último de la noche y se compadeciera de su cuerpo en los dolores terribles, y con ello tal vez para ser seducido también, oh Virgen piadosa, por aquellas métricas italianas del demonio.

Para los hermanos aquellas heridas inmensas y aquel morir en la celda más oscura del convento pronto se transformaron en pura alegría, una gracia especial del Amado, la música presentida y tantas veces solicitada. Se lloraba por los pasillos y, a hurtadillas del prior, cantaban las canciones de Juan, se abrazaban y se besaban; la felicidad era entonces aquello, un ir y venir entre lágrimas incontenibles, traer las vendas limpias y dar a lavar las sucias, lamer las sucias por el camino, llevarse a la boca el pus, la sangre negra, la saliva del poeta, agradecerle a Dios aquellos líquidos, aquel enfermo único. Una y otra vez por los pasillos se oían las canciones del alma y el esposo, que tan bien se sabían todos, aprendidas en otros conventos lúgubres —tan oscuros y fríos como aquella mazmorra toledana donde habían sido compuestas casi quince años atrás—, dichas y repetidas muchas veces, calladas también otras muchas, según soplara el viento de la regla o del prior, favorable u hostil a la música amatoria y al cantor de Ávila, pero siempre luminosas en el corazón secreto de los humildes. Ah, el coro de descalzos, voces olvidadas por el mundo, rezadores de la vieja ciudad de Úbeda: Bartolomé de San Basilio, dulce y generoso, antiguo discípulo de Juan; Alonso de la Madre de Dios, inteligente y agradecido, lector de salmos y profecías; Bernardo de la Virgen, hermano lego, de día y de noche a los pies del moribundo, siempre el perro más fiel; Diego Pablo de Jesús, modesto y pequeño como un jilguero de la vega, bondadoso; Pedro de San José, mundano y alegre como un vino nuevo de aldea. Coro

insospechado de servidores, adoradores de llagas putrefactas, moscas benditas.

Todo empezó en aquel solitario retiro de La Peñuela, lleno de olivos y de viñas, entre ermitaños labradores, adonde Juan había llegado a principios de agosto, en plena canícula, para cumplir nuevo destierro, sin oficio, sólo como un descalzo más. La brisa de Sierra Morena invadía todas las mañanas aquellas celdillas blancas con su olor a tomillo y a encinar húmedo, con su música de currucas tempraneras. Una docena de hermanos barbudos y penitentes regaban las coles en silencio, sembraban el ajo y la cebolla, o recogían la aceituna. Había en aquel lugar tan puro una alegría de uva andaluza y de amor a la Virgen, unos cielos azules sobre los roquedales altos, una fe felicísima. Por fin el poeta que amaba las soledades y la luz podía también gozar de ellas, después de tantos años de disputas capitulares y de vicarías nómadas, después de interminables andaduras. Por fin el fraile que amaba la obediencia podía también gozar de ella como un imberbe novicio castellano. Se dijo después que, en aquellos días soleados, iba a rezar todas las tardes junto a una vieja fuente de montaña, rodeada de laureles y lentiscos, por donde saltaban las liebres, susurraban las tórtolas y vigilaban los cernícalos. De rodillas y con las manos unidas en el pecho, como era habitual en él, aspirando siempre a lo más alto, a veces levitaba, esto también se dijo después. De su boca brotaba entonces la palabra como el agua de la fuente, fresca y natural, transparente y solitaria. Era Juan en La Peñuela, a solas con la esposa que llevaba dentro, en coloquio verdadero, con ella y con su Dios enamorado. No había amargura en su corazón ni recuerdo alguno de sus perseguidores que, sin embargo, no cejaban y aún dilataban sus discursos difamatorios por las extensas comarcas del carmelo. O tal vez sí, puede que hubiera cierta amargura todavía, esto lo decimos nosotros ahora, algún resentimiento, pues fue aquí mismo también donde escribió que mejor se estaba en compañía de piedras y garbanzos que de apóstoles locuaces, de criaturas mudas que de hombres envidiosos. Comía entonces pan de habas con hierbas cocidas y era feliz. Ya de noche, dormía sobre unos manojos de romero tejidos y de sarmientos a modo de zarzo y era feliz. Encendía la llama de amor viva, una y otra vez, reescribiendo pasajes inconclusos, penetrando en honduras incandescentes, dejándose iluminar por ella. Hasta que un día de aquellos de verano llegaron también las fiebres, y con ellas el cansancio y el sueño, la mirada vidriosa, aquella sed.

Digamos también que, como Juan deseaba haber llegado a México por aquellos mismos días de septiembre, podría haber empezado a morir en el océano o podría haberse muerto ya en una goleta gaditana y haber sido entregado su cuerpo consumido a los peces grandes y a las olas, pero podría no haber muerto ni enfermado siquiera, de tal manera que hubiera habido entonces un indómito Juan ultramarino, un cantor santo entre indígenas esquivos y buscadores de metales, un vicario que hablara la lengua de todos los dioses y de todos los nuevos mundos. Pero, como es sabido, no sucedió de esta manera. Aunque embarcarse había sido su deseo —¡y abrazar la inmensidad oceánica por primera vez!—, para poder fundar nuevos cánticos en regiones salvajes, fue contrariado una vez más por los consiliarios de la orden y devuelto a los riscos andaluces, esta vez para obedecer y ser olvidado, pues estaba empezando en la prosa descalza el tiempo de los legisladores opacos, una era sin hambre de liras ni vuelo de palomas. Y Juan no vio la mar ni las tierras nuevas, sólo pudo soñarlas en las noches serranas, cuando ya se moría.

El cirujano de Úbeda era un hombre joven y alto y se llamaba Ambrosio de Villarreal. Era temido por todos pero no tanto por su carácter enjuto y a veces desabrido como por sus cuchillas bien afiladas. Cómo vino a parar a esta ciudad nadie lo sabía con certeza, parece ser que había estado también en Granada y en Linares, y mucho antes en Valencia, donde pudo haber aprendido

el oficio. Vivía cerca de la misión carmelitana, sobre la muralla de levante, desde donde podía verse el barrio de los gitanos y, a lo lejos, el macizo de la sierra de Cazorla. Tuvo amores, quizás, con una mora de ojos grandes y de esto también se hablaba en Úbeda. Lo que más temían sus vecinos, y se comprende, era tener que ponerse en sus manos, y los supersticiosos evitaban incluso cruzarse con él por las estrechas calles árabes. Tres días después de la llegada de Juan, cuando éste ya apenas podía levantarse de la cama, fue llamado al convento para que observara aquellas llagas feas, aquella pierna inflamada, aquellas pústulas febriles. El cirujano acudió y se encontró en la celdilla oscura a un hombre alegre rodeado de hermanos más alegres aún y cantarines, pero no se sorprendió mucho pues sabía que los descalzos tenían fama de distraídos. El enfermo le sonrió y le pidió disculpas por haberlo hecho venir. Ambrosio de Villarreal contempló aquellas heridas e inflamaciones con la ayuda de una candela mientras los frailes esperaban en silencio. Se dio cuenta de que en el empeine del pie derecho había cinco llagas en forma de cruz pero no dijo nada. Miró a los ojos del enfermo pero éste sonreía aún, estaba como alelado por la calentura. Debía de dolerle mucho, pensaba el cirujano, pero tampoco dijo nada. El hermano Bernardo de la Virgen empezó a cantar pero el padre Crisóstomo, que acababa de entrar en la celda y estaba disgustado por todo lo que allí podía verse y escucharse, le ordenó que se callara. La llama de la candela se apagó y Ambrosio de Villarreal dijo que habría que sajar.

Juan había salido de La Peñuela montado en un burro joven y muy espigado en la madrugada del veintiocho de septiembre; iba acompañado por un mozo llamado Damián, joven también y no menos espigado. Burro y mozo habían sido enviados la tarde del día anterior por don Juan de Cuéllar, viejo conocido del enfermo y ahora vecino de Úbeda, hombre generoso y devoto de la Virgen del Carmen. A los frailes labradores de Sierra Morena, cuando lo vieron, no les pareció aquel burro de mucho fiar, demasiado joven y delgado tal vez, de un ojo no veía muy bien seguramente, también tenía una oreja herida, llena de moscas, y callos en el hocico. Burro, mozo y enfermo recorrieron la vega fértil del Guadalimar, pasando por Vilches y Arquillos, cruzando viejos puentes romanos y encinares, bordeando lomas suaves y azules, penetrando en campos desnudos, ya resecos. Fue día de gran calor aquel veintiocho de septiembre, sin nubes, y, una vez consumidas las primeras cuatro o cinco leguas tempranas del camino, el sol empezó a pesar en las cabezas con esa fuerza con que acostumbra a hacerlo el sol meridional, aunque el burro se mantuvo muy animoso y encontró siempre donde beber, ya en las aguas rojizas y espesas del Guadalimar, ya en los fríos arroyos del Guadalén. Finalmente se vio que aquél era un buen burro y, ya muerto Juan, se hizo milagrero, fue muy querido y vivió muchos años. Aquel paisaje de ríos y montes soleados, de trigales recogidos, de rocas blancas y bruñidas, de álamos y adelfas, era tan hermoso —aquel último paisaje que verían los ojos del poeta— que Damián, el mozo enviado, que no lo había visto nunca y ahora caminaba por él tan contento, dijo que parecía el mismo paraíso. Y Juan, enfebrecido pero sonriente, insolado, asintió con la cabeza.

La septicemia de Juan nació de un rosario de úlceras que no consiguieron cicatrizar, ni siquiera después de las intervenciones contundentes del cirujano, pues el enfermo llegó muy débil al convento de Úbeda, era de natural ayunador, como es sabido, y su cuerpo se había convertido durante las últimas semanas en un estanque espeso de bacterias, había sido invadido por los aventureros y siempre incisivos estreptococos, aunque nadie sabía por entonces nada de erisipelas ni de oscuros agentes infecciosos. Unas pequeñas heridas en la pierna durante algún trabajo hortelano en el retiro de La Peñuela, por ejemplo, pudieron haber sido las causantes de la enfermedad, así como, y no en menor medida, la poca atención que el fraile acostumbraba a poner

en la salud de su cuerpo, castigado habitualmente y sin mucha piedad por amor a la cruz de Jesucristo, de tal modo que aquellas primeras y campesinas rasgaduras fueron abriéndose y transformándose en llagas letales. Infectadas las heridas con virulencia y después la sangre toda del cuerpo, hubo sacrificio pero no belleza en aquella celdilla oscura, hubo santidad pero no compasión en aquel otoño andaluz. El cirujano Ambrosio de Villarreal se aplicó con la tijera y en el plato de barro fueron acumulándose los trozos de carne y la materia purulenta, trajinó entre los nervios al desnudo hasta llegar al hueso macilento, cauterizó heridas una y otra vez, y no hubo allí más calmantes para el dolor ni más consuelo que la poesía, las canciones de la noche oscura repetidas una y otra vez. Tazas llenas de pus y sangre corrían en las manos de los monjes, pero todo olía a almizcle en aquella carnicería santa, según se dijo después, de tal manera que la podredumbre parecía alimento sabroso en las bocas devotas y sedientas de los descalzos, infusiones celestes. Y el licenciado, abrumado al principio, pero animado muy pronto por la resignación silenciosa y risueña del enfermo y por el murmullo envolvente de las oraciones, daba cuchilladas y tijeretazos en aquella pierna mala tratando de expulsar toda aquella porquería como se expulsa a un diablo persistente.

Acerquémonos a doña María de Molina y a sus dos hijas, Catalina e Inés, vecinas del convento, que se ocuparon de lavar las vendas durante aquellas semanas otoñales, que llegaron incluso a disputar por ellas como chiquillas, pues olían a rosas, según ellas mismas decían, y decidieron servir de este modo al moribundo sin llegar a verlo nunca, ya que mujeres no podían entrar en clausura de hombres, como es natural. Catalina e Inés iban a buscar contentas los paños sucios todos los días ni se sabe las veces, pues la pierna de Juan se había convertido en una fuente de pus que manaba sin cesar, y las llevaban a su casa, donde la propia doña María, que no permitió nunca que las sirvientas moriscas se emplearan en ello, calentaba el agua y preparaba el barreño, al principio con hojas de salvia y ramitas de menta, después ya sin aderezo perfumador ninguno, pues los paños ya traían el suyo propio y santo. Inés y Catalina los lavaban entonces, no sin alguna pena, pues más hubieran preferido guardárselos para ellas, y los tendían al sol y al aire de la sierra, y luego los devolvían al convento una vez más, entregándolos a los frailes. Y aquel trajín de vendas sucias y lavadas se convirtió en labor fervorosa, hasta el punto de que las muchachas parecían transfiguradas en su ir y venir como vírgenes solícitas, y todos en la ciudad empezaron a preguntar muy pronto por aquellos tránsitos. De esta manera la fama de Juan el moribundo se extendió por la ciudad y a muchos ubetenses les dio por merodear cerca del convento, para disgusto del padre Crisóstomo, que no sabía ya qué hacer para ocultar al reformador, para negarlo. Las dos jóvenes embellecieron y se espigaron todavía más a fuerza de lavar paños con agua caliente y de transportarlos de una casa a otra, y fueron también muy admiradas por todos: Catalina entró, después de muerto el moribundo, en el Carmelo Descalzo, e Inés, su hermana, fue religiosa beata. De doña María, la madre, se dijo que consiguió curar su enfisema pulmonar con solamente aspirar aquel perfume sagrado de las vendas que iban y venían.

¿Era verdad que se moría? Lo había sabido al salir de La Peñuela, durante el camino, aquel día caluroso de septiembre, cuando repentinamente vio volar a los abejarucos, con sus plumas que parecen pintadas por algún artista caprichoso, y deseó volar con ellos, pero ahora la muerte se imponía no como un deseo o un anuncio sino como un hecho irreversible. No habría milagro ni debía haberlo. ¿Y no era aún más cierto que *todo* en su vida —cuanto había hecho, pensado, dicho, imaginado y finalmente también escrito— no había sido más que una celebración anticipada de este momento que ya llegaba, que ya podía sentir en cada poro de su cuerpo? ¿A qué había

cantado él sino a este amor que nace de la muerte? No le era extraño el morir, su impulso de fuga y destierro, su abandono y su concierto de nada, su silencio enamorado. En la mazmorra de Toledo había sentido aquel aire helado en soledad y la poesía brotó entonces como amistad profunda, como lenguaje que, al hundir sus raíces en lo más oscuro, podía ofrecer vida verdadera, la semilla de la luz. ¿Era verdad que ahora se moría? Morir es unirse a lo más claro, transformarse en serena claridad. Todavía hacía calor en Úbeda aquellos primeros días de otoño. El dolor era insoportable, la fiebre aumentaba y no tenía apetito. Los hermanos ya sabían también que Juan se moría y el tono de sus voces se había vuelto compasivo y dulce. Se acercaban a él y lo besaban. Una y otra vez acudían al *Cantar de los Cantares*, se decía que ya residían en él, que habían puesto su tienda entre aquellos versos mágicos, y el enfermo lo celebraba repitiendo con ellos, susurrándolo. En aquel poema antiguo había encontrado Juan, cuando apenas era un adolescente, la fuente verdadera: todo estaba dicho y cantado en aquellas estrofas llenas de amor, de verdades profundas. Todo estaba en aquel poema que él mismo había recreado y dado a sus discípulos para que comprendieran el misterio de la vida y la muerte. Había sido siempre su guía y con él había caminado por los desiertos del mundo. Y ahora iba a ser también, en su morir, la única luz.

Tal vez al prior de Úbeda le sobrarian lecturas y le faltara piedad, pero en este desequilibrio que resultó tan escandaloso habría que suponer y considerar también sus propios miedos, aquellos que surgieron de su condición de hombre fiel a la jerarquía. Se dice que fue fraile rencoroso porque alguna vez Juan, en otros tiempos, siendo vicario provincial de Andalucía, lo había reprendido. Pero es posible también que, más que los asuntos del pasado, al padre Crisóstomo le importaran sobre todo los del presente y aún más los del futuro, que manoseaba por entonces un tal Diego Evangelista, hombre fuerte de la orden en aquellos días y perseguidor infatigable del poeta reformador. No tan resentido, pues, como ventajista, el prior sometió a Juan, desde aquel mismo día de su llegada en el burro, a una disciplina conventual inapropiada, no solamente albergando al enfermo en la peor de las celdas sino también obligándolo a participar en los rigores cotidianos de la clausura; en definitiva, no tratándolo como a un hombre desmayado y enfibrecido, sino como a uno más de aquellos frailes jóvenes sobre los que ejercía su autoridad, al parecer, por cierto, con muy rígidas y a menudo arbitrarias maneras, según se dijo después. Sin duda pensó que aquella actitud suya llegaría a oídos del padre Evangelista y que éste lo aprobaría y hasta lo celebraría desde la distancia. Cuando el enfermo ya no pudo moverse y quedó postrado en el camastro, el prior lo sometió entonces a otras humillaciones diferentes, tales como la de racionar hasta casi suprimir las visitas o la de prohibir a los hermanos que tuvieran conversación con él sobre asuntos espirituales, obligaciones que fueron desoídas en secreto, pues más podían los impulsos del corazón que las normas de aquel hombre esquinado. Él mismo empezó a visitarlo entonces, pero para recriminar su estado y hasta su presencia en aquella casa, derramando sin conmiseración todo su desprecio, aunque para Juan aquellas vejaciones no fueran más que, al fin, el camino necesario y perfecto, la noche oscura antes de la iluminación definitiva. El prior que se burlaba de milagros y de rimas más debía de parecerse entonces a uno de aquellos romanos borrachos al pie de la cruz de Jesucristo que a un hermano descalzo de la regla piadosa. Y en aquellos diálogos difíciles de imaginar ahora por nosotros, la lengua, nuestra lengua, aquel castellano lleno de llanuras, áspero y solar, pero también, muchas veces, bañado por resinas dulces y especias de colores, acabó brillando como un canto rodado, ora salpicado por la ola del menosprecio, ora por la espuma de la compasión y la belleza, y así fue como aquella covacha

negra se transformó también muchos días de aquel largo otoño en una hoguera de palabras crepitantes.

Hubo otras mujeres en aquel morir de Úbeda, como doña Clara de Benavides, esposa de don Bartolomé Ortega, bienhechora principal de los descalzos, que puso a sus cocineras y criadas al servicio del moribundo, de su estómago maltrecho, aunque a veces fuera ella misma, según se dijo, la que preparó pucheros y estofados, escogió las verduras, horneó el pan de centeno, aunque era señora, pues vio que había santidad en todo aquel asunto sobrevenido, en aquella muerte tan beneficiosa. Tampoco doña Clara pudo ver nunca a Juan, ni siquiera escuchar su voz, aunque sí su marido, don Bartolomé, que era pariente de uno de aquellos monjes del convento —del padre Fernando de la Madre de Dios, segundo prior—, que estuvo en la celdilla oscura muchas veces durante aquellas semanas de otoño y que, en alguna ocasión, decidió incluso llevar también hasta allí a su hijo Francisco, que no había cumplido aún los diez años, para que viera morir a un hombre bueno, a un descalzo cantor. Pero la que llevaba los alimentos cocinados todos los días hasta la puerta de los frailes era una sirvienta morisca de catorce años llamada María. A mediodía la muchacha morena salía de la casa de los Ortega con las pequeñas ollas en sus manos y, mientras caminaba a buen paso, los vecinos sabían a dónde iba y para quién eran aquellos regalos que dejaban un rastro oloroso tan suave y exquisito. No duraron mucho, sin embargo, aquellos paseos de ollas aromáticas, pues prior y poeta se pusieron de acuerdo, aunque por distintas razones seguramente, para no continuar recibiendo tanta complacencia en aquella casa de pobres, donde los caldos no faltaban tampoco aunque tuvieran menos sustancia y gusto, y no olieran tan bien como los que hacía doña Clara en su cocina generosa. Hubo también en aquellos días otras mujeres vistas y no vistas, sombras solitarias y lacrimosas, como ménades de templos invisibles o abandonados en alguna llanura antigua, entre ellas una tal Catalina de Baeza, que se llegó hasta Úbeda un buen día para poder rezar por el moribundo mucho más cerca y poder ser confesada por él, aunque esto último no lo lograría. La vieron en todas las iglesias de la ciudad, en Santa María de los Reales Alcázares, en San Pablo, en San Nicolás y en Santa Clara, y en la puerta misma del convento carmelita, arrodillada, hasta que en un amanecer de noviembre también fue vista por el camino de Baeza, de regreso, como una garza aturdida.

A todos escuchaba Juan en su celdilla oscura y cada vez más fría, a los hermanos del convento en primer lugar, pero también a no pocos vecinos ilustres de la ciudad que quisieron visitarlo. Éstos le pedían favores espirituales, consejos, rezos para curar dolores intestinales o de muelas, bendiciones para sus hijos, o cortaban a hurtadillas trocitos del paño sucio para llevárselos consigo entre sus propias ropas, y todo a cambio casi siempre de gallinas, leche de oveja, verduras y tocino, aunque hubo también regalos bien distintos, como conciertos de vihuela y almohadones nuevos, que el poeta recibía un poco abochornado, como goces no solamente innecesarios sino tal vez también imperdonables, y suplicaba que no se repitieran. Entre aquellos visitantes hubo uno muy especial y diferente, el padre jesuita Francisco de Jesús, que había sido misionero en el Congo y ahora vivía anciano y retirado en Úbeda. Éste regalaba al enfermo, en sus visitas frecuentes, historias extraordinarias de cuando estuvo con el católico rey Álvaro I, el manikongo Nimi a Lukeni nua Mvemba, y su reino fue invadido por las hordas de los jagga, una tribu infatigable y temible. Destruída la capital, San Salvador o la antigua Baji, el misionero — como tantos otros cristianos europeos, portugueses y españoles casi todos, y como el mismo Álvaro I— hubo de refugiarse en una pacífica isla del río Congo a la espera de que el rey Sebastián enviara una tropa de seiscientos hombres para acabar con la invasión y, por tanto, con

buena parte de aquellos guerreros salvajes. En aquellas tierras profundas africanas, Francisco de Jesús había bautizado a centenares de negros, había contraído unas fiebres mortales, de las que se recuperó milagrosamente con unas pócimas asquerosas y unas invocaciones idólatras, vio criaturas nunca vistas y espantosas en las selvas y en los pantanos, se alimentó de orugas, hormigas, serpientes y murciélagos, y todo lo contaba muy expresivamente el viejo jesuita, con un acento todavía un poco portugués que se mezclaba con su propio dejo andaluz, para entretenimiento del enfermo, que se reía y celebraba asombrado con exclamaciones cada conversión cristiana, cada peligro superado, cada bestia pintada con palabras, cada nombre indígena pronunciado con énfasis. Y así fue como aquella extraña y remota región de África estuvo también presente aquellos días en el morir de Juan.

La cabeza de Juan bullía de fiebre y cada pensamiento brotaba como una piedra al sol, dura y bruñida. Aquel cuerpo suyo lleno de heridas sucias, aquel cuerpo oscuro que empezaba a sentir la impaciencia de la ceniza, nada tenía que ver con su alma, nada le era a su alma salvo caudal de embuste y oprobio. O, después de todo, podía ser que sí, que también fuera aquel pobre cuerpo suyo, siempre tan despreciado, la esposa, la hermana, la amante; creía que no, por supuesto, pero en las fiebres últimas todo son sombras confusas. No deliraba aún y sin embargo aquélla tal vez fuera también la hora sombría de Aminadab. ¿No podía también la carne ser digna del amor? Pero entonces miraba sus llagas, su pierna abierta por la cuchilla del licenciado, sus brazos ulcerosos, y sonreía, porque no podía ser el Amado capaz de enamorarse de aquellas supuraciones, de aquellas sajaduras indignas ni, en definitiva, de ningún cuerpo que pudiera llegar a albergarlas algún día. Así pensaba Juan cuando aún podía pensar, se alegraba por su alma, que iba a abandonar por fin aquel cuerpo infame, aquella carne castigada. Pero Aminadab volvía, era aquélla también su hora, sí, y entonces se oía un murmullo de sinrazones, ecos oscuros de viejos deseos, se aparecían sombras en los laberintos interiores, porque tal vez el alma, después de todo, no estuviera tan desapegada de la carne como siempre había creído, pues ¿acaso no había sido la carne la que había conseguido explicar el misterio profundo del amor del alma?, ¿acaso no habían sido aquellas copulaciones santas las más hermosas traducciones del deseo de la carne que él también, como cualquier hombre, había sentido tantas veces? ¿Y acaso no había sido Juan, podríamos añadir nosotros ahora, el único poeta de su tiempo —un tiempo de enamorados melifluros y de amadas esquivas y soberbias— que puso música y perfumes a la unión maravillosa del hombre y la mujer, al misterio de la entrega femenina, al milagro del éxtasis, de la transformación de los amantes en un único cuerpo lleno de luz enamorada? Con los ojos cerrados y enfebrecidos, Juan silenciaba ecos y apariciones cantando salmos con su voz de ciervo moribundo, y con las manos parecía estar apartando moscas cuando en verdad apartaba pensamientos oscuros, el zumbido de las vacilaciones últimas.

Aquella expansión de llagas purulentas que iba conquistando todas las regiones de su cuerpo, desde los pies a la cabeza, cada vez mayores y más profundas, sobre todo en la espalda y en los brazos, asombraba a frailes y vecinos, pero más asombraba el dulce recitado de Juan, aquel canto único de la esposa y aquel transformarse día a día, durante su morir, en la esposa misma, de manera que, cuanto más dolor había en aquel pobre cuerpo sacrificado, más esposa era el hombre que cantaba, con más amor buscaba entre las flores, más desnuda y segura invocaba, se hacía perdidiza, entraba en cuevas lúgubres, corría hacia más luz. Así Juan, la esposa, en aquellas semanas últimas, revivía en los labios del Amado, mientras su cuerpo se convertía en agua estancada, en un fluido denso y oscuro que los hermanos recogían para bañarse en él, para lavar

sus ojos y poder así ver nuevamente. Ella, Juan, la esposa, gemía entre temblores y aquel morir sin compasión era también aurora sedienta, un intrincado poema escrito sobre el cuerpo sedoso de la madrugada. Ella abría las manos y recogía un silencio bendito, lleno de orquídeas y azucenas, el aire puro del huerto que ya se aproximaba, fértil y deseado, con sus pájaros secretos bebiendo en las acequias. Ella, en su lecho florido, Juan, la esposa, decía las canciones, todos podían escucharla, y así fue como hubo amor también en los dominios de la podredumbre. *Ven, hermana mía esposa*. Y en aquella celdilla de Úbeda, en aquel nido de otoño, morir, renacer, volar, la oscuridad y la luz, la música y el silencio, todo tenía una misma sustancia, todo parecía haber sido anunciado en un mismo verso antiguo, todo era canto incandescente.

Al hermano Bernardo de la Virgen le dictaba el moribundo las últimas cartas y en sus palabras había consejos piadosos para sus discípulos, invocaciones al Amado, versículos bíblicos y liras propias, saludos y adioses alegres, pocos lamentos. Dictó recomendaciones y agradecimientos para Ana de Jesús y Ana de Peñalosa, las mujeres que tanto le habían obligado a explicarse, por las que tanta prosa hubo de escribir para que la poesía nunca pareciera menos transparente que sus intenciones. Envío cartas a clausuras castellanas y andaluzas, donde sus versos entraban como el aire de la sierra o el olor de los jazmines, también a vicarios provinciales, a hermanos que habitaban los desiertos y rezaban por él. Dictaba enfebrecido pero en sus palabras no había dolor, sólo la luz de la memoria viva, la música iluminada por lo que estaba a punto de venir. Pedía a aquellas Anas predilectas que perseveraran en la oración y en el cuidado de su alma; a los hermanos pobres, que obedecieran; a los vicarios, que rezaran por él y perdonaran sus faltas. Fray Bernardo escribía y escribía, con lágrimas, era también su servidor en aquel trance de misivas últimas, en aquellas despedidas. El enfermero se hizo de este modo secretario y le leía también aquellas otras cartas que el moribundo recibía, de Segovia, Granada y Madrid, todas ellas suplicándole que no se muriera todavía. Pero Juan andaba ya por el camino desnudo de la crisálida y recibía aquellas súplicas con una leve sonrisa, hasta que un día decidió también poner fin a aquella mensajería para poder cumplir con lo que él mismo había escrito, es decir, para que el alma no estuviera asida a nada, ni a ejercicio de meditación ni a discurso, ni a sabor alguno, sensitivo o espiritual, ni a cualesquiera otras aprehensiones, pues el amor del renacer requiere un espíritu libre y anihilado acerca de todo, un silencio profundo en lo más profundo del silencio.

Busquemos por última vez al prior del convento, ahora entre los hombrecillos que hablan de santidad y de poesía, ahora también asombrado entre úlceras podridas y canciones enamoradas. Él tendrá que rezar las últimas oraciones, escuchar la confesión y perdonar los pecados, otorgar la extremaunción, ayudar a la esposa en su renacimiento y en su fuga. Habrá lágrimas y arrepentimiento, coloquios llenos de caridad, porque el hombre que no creía en milagros ni en rimas verá brotar en aquel cuerpo moribundo el poema de la vida, el árbol de la luz en cuya sombra los frutos son de fuego. Tendrá el prior también que enterrar después aquella carne castigada en la que continúan hirviendo aún las venas y los huesos, rociar con agua bendita la caja pobre, llenar de cal viva el hoyo, santiguarse cien veces y hacer penitencia. Entretanto, los hermanos darán gracias a la Virgen por aquel morir en verso, celebrarán el triunfo de la amada, los seductores aromas de su dicha: contarán al mundo aquellos balbuceos últimos, aquellos desposorios invisibles. ¿Y los vecinos? Ah, los vecinos empezarán muy pronto a disputarse aquellos trozos de paños sucios milagrosos y volverán a llenar con orgullo las iglesias..., pero dormirán profundamente la noche en que el cadáver bendito será desenterrado en secreto para ser llevado muy lejos de Úbeda y para siempre.

Aquel trece de diciembre amaneció muy frío. La nieve cubría las cimas de la sierra. Fue día de rezos continuos, de espera impaciente, hasta que empezada a pasar la medianoche, cuando todavía las campanas de la iglesia del Salvador tocaban a maitines, Juan entró en el silencio amoroso de la llama translúcida, en el poema escrito en la carne del tiempo, fue la esposa por fin definitiva, engalanada como en un día de fiesta.

**PARECE QUE VIVIMOS EN UNA EDAD DE
PLOMO**

El pordiosero insistía con una voz fatigada y frágil, escupía palabras ininteligibles, gesticulaba con sus manos sucias, y puede que hubiera, sí, en sus ojos o en sus labios, incluso a la pobre luz tremulante del candil, algún signo más o menos familiar, algo que tal vez podría haber recordado a alguien, aunque para el viejo y cansado criado de la casa no fuera suficiente aquel atisbo, sobre todo en aquellas horas altas de la noche, cuando ya estaban todos acostados, así que, cumpliendo con una más de sus obligaciones, seguramente la última de aquella larga jornada de junio, cerró la puerta al desconocido con un váyase de aquí, y aquel fantasma se fue a no sabemos dónde, hasta que, al cabo de unas horas, cuando se hizo el día, regresó del mismo modo, es decir, barbudo y maloliente. La casa del comerciante de tejidos Christian Landauer, a quien sin duda podía llamar todavía su amigo, se hallaba en el centro de la ciudad, entre la Königstrasse y la Gymnasiumstrasse, y en una de sus buhardillas había pasado el visitante, hacía no mucho tiempo, meses de estudio y de escritura, un periodo fértil en sueños y en hexámetros. Conocía bien aquella casa de cinco plantas, una de las más ricas y admiradas de Stuttgart, con sus salones luminosos y su jardín de rosales rojos y gencianas, y conocía a todos sus moradores, también al criado que le había cerrado la puerta y que ahora, recién salido el sol, iba de nuevo a abrírsele, sólo que en esta ocasión el viejo pudo distinguir claramente en el farfullar del desconocido el nombre del amo, varias veces repetido y con lágrimas en los ojos, al tiempo que, con la temprana claridad, pudo apreciar mejor aquella cabeza desordenada hasta llegar a reconocerla. Sin duda era Friedrich, sólo podía ser él, aquel solitario cantor de Nürtingen amigo de la casa, pero ahora envuelto en trapos desgarrados y polvorientos, ahora el hablante de un idioma estropeado, ahora el aventurero desvalido. Lo hizo entonces pasar y sentarse en un sillón de la antesala, y fue a llamar a su señor, que desde donde estuviera corrió hacia el poeta demacrado y débil, lo abrazó y lo besó sin preguntas, y luego ordenó a los criados que prepararan la bañera.

Hubo, pues, para empezar, un baño melancólico de agua tibia y jabones perfumados, pero antes tuvieron que desvestir con delicadeza, lentamente, a aquel caminador exhausto cuyo cuerpo lleno de desgarraduras daba tanta pena, había en él jirones de ropa sucia incrustados en las heridas, casi ocho semanas de sudor, polvo, sangre, pus, había agujas de espino clavadas en la carne ennegrecida, picaduras de abejas, cardenales. Los criados lavaron aquella desnudez tan castigada, primero con paños almidonados y agua de rosas, la sumergieron después en la bañera, donde el agua no tardó en volverse oscura, y todo lo contemplaba en silencio el comerciante, mientras buscaba con sus ojos perplejos en aquel sebastián recién llegado al amigo querido, al flautista de muchas tardes felices, al entusiasta cantor de ríos y repúblicas. Los criados cambiaron el agua apestosa hasta tres veces y frotaron la carne una y otra vez con cepillos y esponjas italianas, lavaron la cabeza, cuyos largos cabellos endurecidos se habían transformado en tentáculos mitológicos, cortaron las uñas de los pies y de las manos, afeitaron la barba pegajosa, y observaban con incredulidad aquellos pies deformes y callosos. De vez en cuando, Friedrich sonreía o parecía haberse quedado dormido o hablaba para sí en alguna lengua muerta, mientras el agua suavizaba sus miembros, hidrataba sus músculos doloridos. Sus ojos miraban sin ver lo que miraban, hundidos en aquellas cuencas oscuras y profundas, reflejaban la huella reseca del camino, la fatiga de la fuga. Los criados, antes de echar al fuego aquel montón de trapos, vaciaron

los bolsillos y sólo encontraron en ellos, arrugados, los papeles del visado y las odas de Píndaro, también una vieja pistola que no estaba cargada. Lo envolvieron después con toallas y lo acompañaron a la buhardilla donde ya había estado otras veces, aunque no la reconoció, juraba no haber dormido nunca allí, mucho menos aún haber escrito himnos y elegías, le dieron de comer carne de cerdo con vino tibio y pan de primavera, lo acostaron en aquella misma cama de siempre, desnudo, con las mejores sábanas, y allí durmió dos días y dos noches como un perro escapado.

Como raíces oscuras, los presentimientos habían empezado a remover la tierra en paz de su memoria y de su corazón una tarde de abril, ya pasada la Pascua, allá en Burdeos, durante uno de sus solitarios paseos por el estuario, cuando cruzaba, como solía hacer todos los días, el viejo puente de Aquitania, contemplando la mansedumbre del Garona, sus aguas rojizas y espesas. Creyó ver entonces, en aquella corriente fría, el rostro de Susette, pero no como otras veces lo había visto en sus pensamientos o soñado con él, porque ahora era un rostro de ojos asustados y labios empalidecidos, de expresión severa, dolorosa. Aquella nueva imagen suplicante le impidió dormir aquella noche y las siguientes, volvió a verla en el río alguna tarde más, idéntica a la primera, fue desplazando todas las imágenes felices que permanecían de ella en sus recuerdos, hasta hacerse única y punzante. Todos empezaron a ver entonces en aquel sonriente preceptor de Nürtingen, que había llegado sólo unos pocos meses antes a la casa y había sido acogido con afecto, gestos sombríos, miradas húmedas y perdidas, y su silencio no era ya el de un hombre solitario, el de un poeta, sino el de un extraño en un país más extraño todavía. Dio a conocer su tristeza tanto como su ira, su ensimismamiento, su dolor. Aquellas raíces oscuras invadían su alma, penetraban en cada uno de sus pensamientos, se extendían retorciéndose por todos los órganos de su cuerpo, presionaban hasta alterar y desquiciar nervios y sentidos. Empezó a pasar las horas vespertinas asomado en aquel viejo puente, contemplando el transcurrir silencioso del río en su camino hacia el mar ya cercano —un transcurrir que en su visión había devenido oracular, enigmático, profético tal vez—, esperando una nueva imagen de la amada que desmintiera la anterior más dolorosa. Escribió largas cartas a los amigos, al hermano, a la madre y, por supuesto, a Susette, pero ni siquiera tuvo la paciencia de esperar una respuesta, así que decidió por fin abandonar aquella casa ajena, aquel país equivocado. Salió de Burdeos a finales de mayo, sin equipaje, dispuesto a recorrer de nuevo los caminos de Francia hasta llegar a Stuttgart, dijo adiós al cónsul que lo había contratado, a su amable y fecunda esposa, y besó por última vez a los ocho niños perplejos a quienes apenas había conseguido enseñar un puñado de salmos y canciones.

Mientras Friedrich dormía profundamente en su buhardilla de Stuttgart, el comerciante Christian Landauer, que no conocía aún las razones de aquel retorno imprevisto y desarreglado, pues no había logrado que el poeta, incapaz de pensar y articular palabras coherentes, se explicara de algún modo mientras los criados lo bañaban y le daban de comer, se puso a escribir cartas a los amigos comunes de la ciudad, a Jakob Ströhlín el primero, ya que fue por mediación de este filólogo y profesor como aquél había conseguido su trabajo de preceptor en Burdeos, también a Naufler, antiguo compañero de estudios y el mayor confidente de Friedrich, incluso al viejo impresor Steinkopf, en cuyo taller oscuro tal vez aguardaran todavía proyectos interrumpidos, papeles olvidados, explicándoles a cada uno de ellos y con las mismas palabras el estado en que había llegado el amigo hasta la puerta de su casa e invitándolos a resolver juntos aquel misterio preocupante. Un criado llevó las cartas con urgencia al mediodía y por la tarde los tres acudieron

presurosos a la cita de Landauer, aunque la reunión no sirvió para esclarecer las dudas, pues ninguno de ellos conocía la intención del poeta de regresar de Francia tan precipitadamente, aunque Naufler dijo entonces haber recibido una extraña carta suya desde Burdeos preguntándole con desbordante inquietud por la salud de Susette. El poeta no se despertaba —ni se despertaría aquel día— y los amigos continuaron esperando y hablando en el lujoso salón de Landauer, el mismo donde solamente un año antes habían empezado a disfrutar de su compañía, pues fue también en el mes de junio cuando Friedrich aceptó la invitación del comerciante y mecenas para residir en su casa, invitación que aprovecharía muy bien el poeta durante casi seis meses para escribir algunos de sus poemas más extensos y extraordinarios, mientras se recuperaba definitivamente, o al menos eso era lo que pensaba entonces, de su enamoramiento frustrado y compartía con sus nuevos y viejos amigos veladas musicales, inocentes intrigas políticas, lecturas dramáticas, versos recientes, largos paseos de verano junto al Neckar. En aquel ambiente tan propicio la inspiración fluyó hasta conseguir devolverle la alegría y la esperanza, pero Friedrich deseó también al poco tiempo recuperar su independencia, no continuar siendo el invitado perpetuo, por lo que pidió ayuda para encontrar una nueva familia necesitada de preceptor, y así fue como surgió insospechadamente aquella aventura francesa.

Como cuando abandonó Jena, hacía entonces siete años, en la primavera de 1795, Friedrich entonó para sí mismo un nuevo canto de despedida al salir de Burdeos, se sacudió el polvo de los zapatos, empezó a caminar hacia la pequeña patria, tan deseada siempre como temida, no volvió a mirar a sus espaldas. Diríase que, pese a su juventud, era ya experto en abandonos, reincidente en huidas. En aquella ocasión de 1795, sin embargo, había sido otra la amargura que había empujado al poeta más allá de las puertas de la ciudad para convertirlo en un caminador extraordinario, no la amargura de los presentimientos oscuros sino la de la decepción profunda: el menosprecio de aquellos a los que más admiraba y a los que tanto había querido parecerse el inocente. Hablamos de los descuidos de un Schiller a menudo vacilante en sus afectos, de la completa indiferencia de un Goethe en la cumbre de su gloria, de la desconfianza y hasta de la burla de los catedráticos a los que se aproximó aquel heraldo de los dioses muertos para mostrar su talento presocrático, su fantasía homérica. Pero en el recuento, más allá de los agravios reales o imaginados, habría que añadir los falsos progresos en la escritura de su novela inacabable, aquel *Hyperion* desordenado, en verdad caótico, o incluso las peligrosas lecciones de aquel filósofo de moda, aquel Fichte seductor, irradiante, que en un principio abrazó con entusiasmo y al poco empezó a sentir que lo alejaban del mundo amado, de la hermosa vibración de la Naturaleza, de su alegre panteón mediterráneo. Hasta aquella Jena soberbia había acudido desde su aldea suaba con las ilusiones y esperanzas del joven poeta que creía en la amistad entre iguales, que idolatraba a los grandes maestros de su época, que soñaba con la pureza de la poesía como lengua sagrada, pero por fin había comprendido que en realidad estaba solo, que era el solitario que él mismo sospechó siempre que era y que sería, y que en la brillante conversación de aquel círculo magnífico él estaba destinado a ser el único callado, el que parecía no poder seguir el hilo de las palabras de este mundo. Y cuando creyó que aquel hilo se había roto por fin y su presencia en la ciudad no tenía ningún sentido, empezó a caminar en dirección a su pequeña patria, tan amada como temida, ya se ha dicho, pues en ella siempre lo esperaban una madre y una vicaría triste —con su púlpito, su alzacuellos y su birrete—, de las que, finalmente, también había que huir. Tenía unas buenas piernas aquel muchacho de Nürtingen, nacido en Lauffen hacía veinticinco años, no solamente un buen corazón, había sido curtido en conventos y seminarios, en inviernos muy fríos, y la noche no

le daba miedo, durante muchos días durmió en posadas sucias y algunas veces también bajo los castaños y los robles, se alimentó de hierbas y panes regalados, de frutos del bosque, bebió el agua de los ríos tantas veces cantados antes y después en sus poemas, y vio que caminar era asombroso, un despertar continuo, su morada más auténtica, por no decir la única.

En 1802, cuando la conoció el soñador de Grecia, Burdeos era una ciudad que parecía haber sido bendecida por la diosa de la Razón y otras divinidades ilustradas, la más bella de Francia tal vez, había sido trazada y reconstruida durante el siglo anterior con admirables edificios y plazas, calles perfectas con esbeltos sicomoros y un barrio portuario amplio y eficaz para el comercio del vino y el viaje a las Américas. En esta ciudad renovada y luminosa, en una de las casas más relevantes, ubicada en la Alameda de Tourny, vivía Daniel Christoph Meyer, cónsul de Hamburgo, cultivador y comerciante de vinos, casado con *madame* Anne Marie Andrieu de Saint-André, francesa de las Antillas, madre de cuatro hijos de un matrimonio anterior y de otros cuatro con el diplomático. A estas dos camadas de niños rubios y educados tuvo Friedrich que impartir lecciones de alemán, latín y griego, pero también de religión evangélica, tuvo que hacerles compañía y distraerlas durante largas jornadas por el campo, pero fue así también, precisamente, durante aquellas alegres excursiones familiares que a veces podían durar varios días —no solamente a Blanquefort, donde el cónsul poseía una casa, sino mucho más al norte, casi hasta llegar a Royan—, como por fin consiguió ver por primera vez el mar, desde muy lejos tal vez, sí, un horizonte bruñido y salpicado por pequeñas nubes blancas, una línea azulosa que parecía difuminarse por momentos, fundirse con aquel otro azul marino del cielo, una lámina de plata calentada por el sol. Vio aquel mar alejado desde las pequeñas colinas, por encima de las landas, aquel océano magnífico, y a campesinos atléticos y pobres trabajando en los bancales de viñedos bajo una luz de primavera suave, vio una versión atlántica de Grecia, una armonía antigua como la que había cantado en sus poemas, jardines y arroyos, molinos y bosques de olmos. También vio tabernas, marineros borrachos y prostitutas en el puerto del estuario, en la orilla urbana del Garona, bebió el vino oscuro de Aquitania —aquellos caldos con olor a ola—, y brindó con él muchas veces en los días de fiesta. Aquí pudo ver también, acumuladas en la Academia, estatuas romanas y otros mármoles y bronce antiguos, pues el vientre de la ciudad había sido abierto durante la reconstrucción hasta el punto de haber dado con los pliegues subterráneos más remotos y valiosos. Pero no fueron éstas, sin embargo, las únicas ni las mejores antigüedades que vería el poeta en Francia, pues aquel cónsul hanseático era un hombre culto y delicado, además de generoso, y a mediados del mes de marzo decidió viajar a París con los tres hijos mayores y, por supuesto, con el preceptor alemán, para visitar los salones del recientemente creado por Napoleón Musée des Antiques, fruto de los cada vez más numerosos expolios artísticos de su ejército, que reunía obras escultóricas tan relevantes como el *Laocoonte* y el llamado *Apolo Belvedere*, procedentes de Italia, delante de las cuales Friedrich se detuvo emocionado y pudo confirmar aquello en lo que creía y sus poemas expresaban con entusiasmo, es decir, la superioridad moral de los antiguos. Así que, Burdeos, París, Francia, en verdad todo aquel mundo nuevo podría haberse convertido en su Hélade soñada, de no haber sido por aquellos presentimientos que lo habían empezado a desgarrar y estaban a punto de arrastrarlo de nuevo a la pequeña patria alemana, a aquel principado gobernado por un déspota, podría haberse convertido, en fin, también en su sueño republicano, de no haber sido por su condición humillante de criado de la casa, de eterno morador de buhardillas, o de no haber visto, como llegó a ver un día con lágrimas de rabia y conmiseración, a aquella turba de africanos encadenados en la cubierta de un barco a punto de

partir hacia las islas antillanas, a aquellos hombres y mujeres transformados ya para siempre en animales. Pero en aquella región del mundo espléndida y contradictoria, elegante y cruel, Friedrich no permaneció más de cinco meses, pues su destino parecía ser siempre el mismo, es decir, el del relámpago enamorado, luz y dolor, himno abierto a los sueños más altos y a los misterios más bellos en una edad de plomo.

Se despertó por fin del largo sueño y entonces sí reconoció aquella cama, aquella buhardilla, el olor de las maderas, la luz de la pequeña patria sobre su cuerpo desnudo. Se vistió con las ropas nuevas que los criados habían dejado sobre el arcón, supo enseguida que eran para él, aunque no pudo ponerse las botas también nuevas, pues sus pies estaban todavía hinchados y doloridos. Fue al encuentro de Landauer, que lo esperaba impaciente, y juntos almorzaron huevos y judías, asado de ciervo con cebollas y mostaza, cerveza. Friedrich había recuperado su lengua con el sueño y el primer sorprendido parecía ser él, ahora podía hablar y ser entendido, aunque no supiera todavía muy bien qué decir, por dónde empezar el relato de sus días últimos. Había caminado más de mil kilómetros durante casi ocho semanas, aunque desconocía estas y otras cuentas, no sabía aún el día ni el mes en que se encontraba y sólo empezaba a recordar, muy lentamente, mientras saciaba el apetito, por qué estaba en Stuttgart, es decir, para qué había venido. El comerciante de tejidos hablaba sin embargo por él, se refería a sus negocios, al buen tiempo de junio, al hijo rubio que crecía entre prodigios cuidados, a la esposa encantadora y feliz, dijo algo también de los amigos comunes —sobre todo de aquel Sinclair de Homburg, poeta y conspirador empedernido, al que hacía tiempo que no veían—, también de la ciudad y de su río, el melancólico y verdoso Neckar. Estaba satisfecho con la visita inesperada, aunque también muy preocupado, pues amaba a aquel muchacho vacilante, confiaba en su talento y había tratado de protegerlo, muchas veces pensó en él como el cantor excelente de la nueva república que había de venir, como el Virgilio de Suabia, aunque conocía bien su acedia, su desazón, su tendencia a la fuga, su carácter saturnino. Y ahora volvía a estar con él, no sabía el motivo pero había llegado el momento de preguntárselo, y Friedrich supo por fin también que debía una explicación a quien lo acogía de aquel modo, así que, cuando terminaron el almuerzo, el poeta le dijo al comerciante que había tenido que abandonar Burdeos debido a las raíces oscuras, a aquella imagen acuática y aterradora sobrevenida en el Garona, y que ahora necesitaba de su generosidad de nuevo y había venido a su casa a pedirle caballos, pues sus pies ya no respondían a las órdenes de su corazón, pero no para regresar a su casa, en la cercana Nürtingen, junto a su madre, sino para llegar a Fráncfort, para poder ver una vez más, tal vez la última, a Susette, que lo esperaba.

El caminador había salido de Burdeos la mañana del día veinticinco de mayo para ir a buscar la vía lemosina, de la que había oído hablar en la mansión del cónsul, tal vez en alguna velada donde se reunían los habituales invitados, también cónsules y comerciantes, y en las que él estaba presente, aunque callado y circunspecto, como un criado más, es decir, la vieja ruta de los peregrinos de Santiago, que lo conduciría hasta los inicios de la misma, en la ciudad de Vézelay, atravesando el corazón del país y, por lo tanto, también la meseta y los montes del macizo central, aunque sólo por la parte del oeste, la más suave, casi siempre por antiguas calzadas romanas y entre aldeas medievales. Quería evitar de aquella manera los arduos y peligrosos caminos que se vio obligado a tomar algunos pocos meses antes durante su viaje a Burdeos, cuando en la frontera de Estrasburgo, donde la policía lo retuvo durante casi dos semanas por considerarlo un viajero sospechoso, fue desviado de su itinerario, con el que pretendía llegar con ánimo alegre hasta París, para reconducirlo hacia Lyon por abruptos senderos llenos de nieve, demasiado difíciles y

solitarios, propicios para el bandidaje. Pero para tomar ahora aquella vía lemosina, una de las cuatro rutas jacobeanas de Francia —la que nace para recoger a los peregrinos del norte de Europa—, y en verdad también bastante solitaria en aquellos tiempos convulsos y desacralizadores, tenía que ir primero hasta Périgueux, lo que significaba entrar y recorrer la hermosa región de Dordoña, como ya había hecho durante su accidentado recorrido de ida, pero ahora empezando en Bergerac, adonde llegó dos días después de su partida de Burdeos, casi sin haber dormido, con el ánimo inflamado y los pensamientos más oscuros. Desde esta población salió, en dirección al norte, hacia la capital dordoñesa, es decir, hacia aquel antiguo pueblo galo de Périgueux —y ahora nueva comuna de Francia—, atravesando valles fértiles de viñas y bosques de nogales, meandros dulces llenos de sauces y juncos, de abadías abandonadas —aún con las marcas recientes del fuego y de la desamortización—, entre roquedales altos y profundos donde aparecían incrustadas las aldeas pobres. Podría haber sido entonces, de todas sus caminatas últimas y lastimosas, la más parecida a un largo paseo de domingo —aquellos paisajes aquitánicos eran también amables y suaves como los suyos de Suabia, donde aprendió de niño a amar la naturaleza, a leer sus signos ocultos y eternos—, pero la negrura obsesiva de sus sentimientos apenas le permitía vislumbrar más luz que la que empezaba a saber perdida para siempre. Ni los olores de aquellos valles, ni el encuentro con los bellos afluentes del Garona o del Loira, ni el reposo en las calles y plazas medievales conseguirían aplacar el ánimo convulso del caminador, para quien el tiempo, aquel tiempo que no podía acortar en la distancia inmensa del espacio, parecía haberse convertido en una larga elegía desesperada, en un río de nieblas muy frías y permanentes.

De Susette diremos para empezar aquello que ella alcanzó a decir de sí misma cuando le escribió al poeta y morador de buhardillas lo siguiente: *nunca volverán a amarte como te amo, nunca volverás a amar como me amas*. Y también aquello otro: *la semilla del amor está profunda e indestructiblemente asentada dentro de mi ser, nuestras almas acabarán encontrándose para siempre, para toda la eternidad*. Y ahora, después de haber escuchado sus propias palabras, su recitado húmedo, sólo cabe imaginar a aquella hermosa escritora de cartas en el silencio oscuro y doméstico, una vida arruinada en el corazón frío de Fráncfort, un alma sedienta y solitaria, un cuerpo excitado por los hexámetros y las miradas del preceptor de sus hijos, ya solamente por los hexámetros, a decir verdad, porque las miradas fueron desterradas cierto día por el marido banquero, pues todo amor es imprudente por naturaleza, pero más aún aquel que sólo puede ser secreto y peligroso. Cartas apasionadas y encuentros breves y furtivos continuaron durante algunos meses más, que culminaron tristemente aquel amor puro de dos años, aquella ilusión desorbitada, cuando ella habló de sensatez un día y él por fin decidió huir a su pequeña patria, como era su costumbre, maldiciendo una vez más a los enemigos del espíritu, escribiendo largos y sublimes himnos, y suplicando a los amigos, para sobrevivir como poeta en tiempos de miseria, que le buscaran nuevas familias con niños a los que adiestrar en lenguas muertas, nuevas mansiones donde tocar la flauta y vestirse de criado, ya fuera en Alemania o en Suiza, en cualquier caso lejos también de su madre y de las vicarías rurales con las que ésta lo amenazaba una y otra vez, para regar así las semillas crecientes de su frustración y su demencia. La bella Susette enfermaría también, su cuerpo joven y perdido empezó a agrietarse como la vidriera delicada de una iglesia gótica, luego hubo fiebres y una tos sanguinolenta, una nostalgia infinita, un gran dolor. Creyó que podría olvidarlo, pero el tiempo pasaba y ella continuaba amando todavía a aquel seductor distraído, a aquel iluminado que aspiraba a coronar el Olimpo, su alma no podía soportar aquella ausencia, así que, según se dijo, empezó a pasar largas tardes

encerrada en la buhardilla vacía del amado, sola, recordando el tiempo de los abrazos furtivos, susurrando el nombre de las montañas y de las islas griegas.

De Périgueux partió hacia Limoges, ahora sí por la vieja vía lemovicensis o lemosina, también llamada de Vézelay, por donde iban y venían peregrinos alemanes y suizos, polacos, flamencos y, por supuesto, franceses del nordeste, de Dijon, de Nancy y de Estrasburgo, con los que nuestro caminador se cruzaba cada tanto y compartía unas pocas palabras, tal vez algo más que unas pocas palabras, agua o vino, por ejemplo, pan y cecina, noticias del camino. También él peregrinaba a su manera, aunque fueran otros sus dioses, otras las reliquias amadas en los altares últimos del viaje, y su fe más antigua y desgarrada, pero de aquel sol de mayo sí puede decirse que era el mismo para todos, abrasador al mediodía y frío al atardecer, y el cielo azul de Francia era también el mismo sobre las cabezas de aquellos andariegos diferentes, profundo, inabordable, como eran para todos las mismas aquellas noches negras y húmedas sobre los campos abiertos y ondulados, con olor a trigo y a cereza, sobre las aldeas solitarias, Sorges, Thiviers y Chaleix, todavía en Aquitania, y luego ya en el Limousin, Châlus y su castillo célebre —donde le llegó la muerte a Ricardo Corazón de León de un ballestazo—, Flavignac y Aixe-sur-Vienne, hasta llegar por fin, después de tres días completos, con el rostro quemado por la insolación, con la roída levita en la mano, a la ciudad de Limoges, que por entonces tenía más de veinte mil almas, sólidos puentes sobre el Vienne —aquel bello afluente del Loira—, imponentes castillos, múltiples conventos y claustros medievales, plazas ilustradas y el espíritu todavía despierto de la Revolución. Y aquí pasó el caminador dos o tres días más en una posada de la plaza Fontaine des Barres, calculando tiempos y distancias, ensimismado, escuchando a su alma cada día más enardecida, cada día más y más penetrada por las raíces oscuras, la rabia y el fracaso, ajeno a la ciudad y a sus murmullos de ciudadanos felices o desgraciados, a sus calles con olor a caballo y a vómito de cadetes, durmiendo a pierna suelta y alimentándose de coles y estofados, pues aún llevaba dinero en el bolsillo y le quedaban por recorrer los trazados más difíciles y las noches más tristes. Se sabe que, poco después de abandonar Limoges, por la mañana temprano, empezó a llover con fuerza y abundantemente, y que, por aquel mismo tramo empapado del camino jacobeo, antes de llegar a Saint-Léonard-de-Noblat, de ermita primitiva y célebre, el poeta encontró compañero, seguramente uno de aquellos peregrinos que regresaba a su patria desde España, con quien anduvo hasta llegar a Châteaumeillant, pues tomaron una variante de la vía lemosina, es decir, no el camino principal que pasa por Châteauroux y Bourges, sino el que, un poco más al sur, atraviesa Nevers para llegar también a Vézelay, por lo que al menos debieron de caminar juntos durante tres días, pero qué se dirían no lo sabemos, como tampoco quién era aquel hombre o cuáles eran su ciudad y su lengua, su rango o profesión. Lo cierto es que, mientras caminaban, según se sabe también, iban recitando a Píndaro, por lo que el compañero debía conocer bien aquella lengua muerta y gustar de los epinicios, es de suponer entonces que fuera un hombre culto, tal vez el encubierto abad de algún convento germano o un seminarista de Polonia, así que, con aquel desconocido, Friedrich recorrió, tal vez con mejor ánimo, el centenar y medio de kilómetros que separaban Limoges de Châteaumeillant, donde según se dice estuvo Julio César, el gran tirano de Roma y conquistador de las Galias, y donde el preceptor huidizo pasó algunos días descansando y secando sus ropas cada vez más sucias y ajadas, pues al parecer la lluvia acompañó a aquellos dos peregrinos recitadores a lo largo de todo el trayecto.

Quien camina sobre su dolor camina hacia las alturas. Sí, el peregrino suabo, y no sólo cuando recitaba a Píndaro, hablaba una lengua de fuego que nadie comprendía y sus palabras ardían

entonces como antorchas que iluminaban solamente su propio peregrinar hacia los altares de la demencia. En verdad, todo caminador ama y odia a la vez el mundo tal como está hecho y le ha sido dado, con una fuerza titánica, abrasadora, y seguramente nunca consigue comprenderlo bien, sus leyes son para él oscuras como la noche y sus legisladores mezquinos y falaces, por esta razón necesita que sus pies respondan hábilmente a los mensajes nerviosos de sus pensamientos iluminados, haciendo del huir y del ocultarse una filosofía, una manera de ser y estar en este mundo confundido. En el alma de un caminador hay voces diferentes, como senderos en un bosque que salen al encuentro una y otra vez, que se abren para ser escogidos o rechazados, pero sobre todo hay en ella un país invisible en la lejanía, como un horizonte perpetuo, al que sólo se puede llegar desvestido y loco, transformado en pájaro o en viento del oeste, porque lo que uno es se rompe un día, del mismo modo que los astros declinan solemnemente y ebrios de luz brillan los valles. Así, desde Châteaumeillant a Nevers, por caminos llenos de bosques profundos y terrazas de trigo y amapolas, aldeas solitarias y católicas, bajo un cielo nublado casi siempre, Friedrich, de nuevo en soledad, fue escuchando aquellas voces que lo atormentaban porque le hacían sentir culpable: entonces él era el cobarde que no había salvado a Susette y no se había salvado tampoco a sí mismo de un destino miserable. Pero también escuchaba aquellas otras que lo empujaban a un martirio sagrado, aquellas que no eran ya de este mundo sino de aquel país invisible hacia el que caminaba como un juglar roto de amor y de odio. En aquel andar enardecido y salvaje, ni siquiera sabía ya si Susette lo había olvidado o continuaba amándolo, ni siquiera sabía si él la amaba aún como la había amado, pues lo que amamos no es más que una sombra, y de esta sombra nadie puede responder, no sabemos qué contiene ni cuál es la razón de su existencia. Hasta llegar a Nevers durmió al raso todos los días y se alimentó de garbanzos crudos y semillas, de hierbas y de flores silvestres, su aspecto era cada vez más el de un mendigo o un borracho del que todos se apartan al cruzarse con él, y ni siquiera se detuvo al pasar por la ciudad, continuó caminando por la misma vía lemosina que había tomado en Périgueux hacía ya casi dos semanas, descansando aquí y allá, en campo abierto o en recónditos meandros bajo sauces o chopos, en la hiedra sombría, hasta que llegó por fin a Vézelay, en cuya plaza principal, tumbado sobre el suelo duro, se quedó profundamente dormido.

Sin dinero, con las ropas rotas, barbudo y silencioso, Friedrich continuó caminando hacia la frontera en Estrasburgo por senderos mucho más solitarios, acabada ya la vía de los peregrinos, guiándose de las indicaciones apuntadas en Vézelay en aquellas mismas páginas de los poemas de Píndaro, dictadas tal vez por las mujeres que recogieron al caminante medio muerto —tumbado sobre la piedra de aquella plaza principal— y le dieron de comer, y buscando siempre los atajos mejores para llegar, primero, a Montbard, en el corazón de la Borgoña, y luego a Langres, a Epinal, con su río Mosela, y a Saint-Dié-des-Vosges, hasta entrar por fin en la rica comarca alsaciana, por Obernai, siempre bajo cielos duros como el hierro. Y desde allí, ya muy cercana, hasta la ciudad de Estrasburgo, la misma desde donde solamente unos pocos meses antes había iniciado aquella fracasada aventura francesa, y como entonces, también ahora la policía retuvo al sospechoso, esta vez como mendigo que deambulaba por la vieja ciudad como alelado y suplicaba el pan y la fruta, aunque por poco tiempo, pues tenía visado y estaba en regla, aquel papel de Burdeos que lo presentaba con orgullo no como preceptor y criado, sino como *homme de lettres*, no como el pordiosero que era entonces, sino como el poeta republicano de Suabia, experto en lenguas y dioses muertos, el mismo que había tratado con Schiller y con Goethe, que había sido discípulo de Fichte, compañero de Hegel y de Schelling, aunque la verdad era que había

empezado a olvidarlos a todos, que una niebla muy densa se había interpuesto entre ellos y él, entre aquel mundo y el suyo nuevo y definitivo. Y dejando atrás aquel país extranjero al que ya no volvería nunca más, llegó por fin al principado de Wurtemberg, después de haber atravesado en Kehl el amado Rin, el más noble, según su parecer, de todos los ríos, como viajero exhausto y desengañado. Porque en aquellos días últimos de andadura, Friedrich, que ni siquiera recordaba ya su propio nombre y había dejado de pensar en Susette, cruzó otras fronteras decisivas, la de la razón y la de la memoria, la de la ambición y la de la esperanza, y al otro lado de cada una de ellas aguardaba una sintaxis desconocida, un deseo de olvidar y de ser olvidado, la pureza de la locura, su libertad sin límites, una hoguera donde quemar con ira las ramas secas del presente. *Aber wo sind wir?* ¿Pero dónde estamos, dónde, en qué lugar?

El comerciante Christian Landauer también le habría dado los caballos para ir a Fráncfort, por supuesto, tal vez incluso lo habría acompañado él mismo, pero no llegó a dárselos porque, entretanto, aquel otro viaje se hizo innecesario. Mientras Friedrich dormía y reparaba así sus miembros fatigados durante aquellos dos días completos en la buhardilla de la casa, el comerciante había recibido una carta de Sinclair, aquel amigo fiel de ambos, en la que le informaba de la muerte de Susette, acaecida sólo unos pocos días antes. Una vez terminado aquel almuerzo copioso, también reparador, y después de que el poeta hubiera expresado su deseo de correr hacia la amada empujado por los presentimientos del Garona, Landauer le mostró aquella carta breve pero tan funesta. La leyó entonces el amado y no hubo en aquel rostro envejecido y pálido, todavía con las desgarraduras de la extrema caminata, ningún gesto de sorpresa ni emoción. Dejó la carta sobre la mesa y se quedó pensativo. El amigo le ofreció su mano y él la tomó, mirándolo a los ojos, pero extrañado, como si se esforzara en reconocerlo. Así pasaron, en silencio, dos, tres horas, los criados no se atrevieron a entrar, tampoco la esposa ni el hijo, y el comerciante no quiso romper aquel lazo fúnebre, notaba más claramente ahora que su amigo estaba en otra parte, que había traspasado fronteras desconocidas y ya sólo se alejaba, cada vez parecía estar más lejos, era como si huyera de todo y de todos, de sí mismo y de su patria, de su enamorada muerta, de los amigos, podía verse en sus ojos que aquel inocente flautista al que había tenido el privilegio de conocer y admirar no volvería nunca más, caminaría el resto de su vida hacia un país invisible conversando con sus dioses griegos, conseguiría deshacer por fin el nudo que lo ahogaba pero para adentrarse en las sombras de la incomprensión y el desamparo. Después de aquel largo silencio, de aquella conmoción tan profunda, Friedrich se levantó y subió a la buhardilla, se tumbó sobre la cama y volvió a quedarse dormido, hasta que, ya bien entrada la noche, se despertó sudoroso, bajó las escaleras, salió de la casa sin ser visto por nadie y empezó a deambular por las calles de Stuttgart hasta dejar por fin atrás la ciudad por el camino de Esslingen.

Aunque aturdido e incapaz de razonar, sabía bien que ya no era hacia el norte hacia donde tenía que dirigir sus pasos, no era ya Fráncfort su destino y nunca más volvería a serlo. Anduvo toda la madrugada, bajo la luna clara de junio, sin cruzarse con nadie, en dirección al sur, hacia su patria pequeña y pobre una vez más. Llegó a Nürtingen casi a mediodía, mientras los niños del pueblo, que lo vieron y se acercaron al recién llegado para reírse de él y de sus ropas nuevas y elegantes, jugaban delante de la iglesia, a pocos pasos del Neckar, como tantas veces él mismo había hecho en los días dorados de su infancia. Por fin llegó también a su casa y entró, el pequeño baúl de Burdeos con sus libros y vestidos estaba aún junto a la puerta, había llegado hacía ya muchos días enviado por el cónsul —allí estaban también las viejas cartas de Susette con sus

palabras muertas—, pero ni siquiera lo vio, o tal vez sí lo vio pero sus ojos no eran ya los ojos de alguien que miraba, pues su mirada tenía y tendría ya para siempre la vidriosa calentura de los enajenados. La madre lo recibió entonces entre sorprendida y asustada; había en ella, en sus labios y en sus pequeños iris verdeazulados, en su cuerpo todo y hasta en sus andares, tantas preguntas como reproches, tanta decepción como enojo. Se acercó de aquel modo enturbiado para darle un abrazo, pero antes se detuvo a mirar con ternura y miedo aquel rostro, aquellos ojos, aquella boca de su hijo, que en verdad ya no parecía su hijo sino el espíritu de un hijo que había tenido hacía treinta y dos años, un fantasma enardecido y apátrida caminando hacia regiones ocultas, un hombre desconocido y colérico cuyo destino era, según él mismo aseguraba con balbuceo salivoso y extraños aspavientos, el de guardián sin tregua de los himnos sagrados.

NO SÉ QUIÉN SOY NI QUÉ ALMA TENGO

La ciudad amaneció con su frío olor atlántico de todos los días y la perezosa calma de sus barrios tristes, había llovido durante casi toda la noche y las calles daban la impresión de estar más sudadas que limpias, era entonces Lisboa la ciudad fatigada y mal dormida que parecía haber sido siempre, también aquel anodino ocho de marzo de 1914, mientras se despertaba una vez más húmeda y gris, con aquella aspereza monótona de los gatos maulladores y de las mujeres madrugadoras, y el hombre que en aquella hora de un sol todavía invisible también se despertaba en su pequeña habitación de la calle Passos Manuel abrió los ojos como todos los días y se puso las gafas, se levantó y salió al balcón, sintió en el rostro aquel aire mojado, nuevo, se lavó y se vistió con parsimonia —poniéndose el único traje que tenía, oscuro—, ordenó algunos papeles abandonados la noche anterior en cualquier sitio, sobre la cómoda o en el suelo, cogió la cartera y salió de la casa. Aquel hombre hizo después lo que solía hacer siempre en aquel tiempo, es decir, acudir a su trabajo de redactor y traductor de cartas comerciales en la empresa Lavado, Pinto & Co., en el llamado Campo das Cebolas, en la proximidad del Tajo y del barrio de Alfama, pero no sin antes, por el mismo camino acostumbrado, detenerse en alguna de las tabernas tempranas para poder tomar, con el café, la primera copa de aguardiente del día. En verdad, lo que pueda ser una vida vulgar nadie podría decirlo con certeza, pues o bien todas las vidas lo son o aquellas que solemos juzgar como tales contienen tantos vericuetos ignorados y luminosos como las que se consideran más extraordinarias. Aquel mismo hombre solitario era entonces también un poeta de veinticinco años en cuya cabeza bullían versos desarreglados y nombres efímeros de revistas y libros: alguien que, en su inocente afán de sorprender, conseguía sorprenderse al menos a sí mismo con su talento lúdico y caprichoso, con sus extravagancias inútiles que a veces aplaudían otros que, como él, se buscaban también entre pinceles finos o plumas ambiciosas, sumergidos en el humo del tabaco y en los alcoholes potentes, propensos al grito, a la noche y a los versos franceses, con la insolencia de una juventud que, como todas algún día, empezaba a saberse perdida o tal vez derrotada.

De un joven que hace versos, pergeña revistas y vive de un oficio mal pagado puede esperarse atrevimiento y contradicciones, tantas dudas como quepa imaginar, un orgullo tal vez sin fundamento pero fértil y hermoso como un huerto cerrado, bromas y metáforas desmedidas. Fernando piensa en dos lenguas muy distintas y no sabe quién es, se busca entre las sombras de la literatura, copia y emula, reniega y deshace, proclama nuevos tiempos con párrafos espasmódicos, desconfía y aprende, discute con los muertos. Aquel ocho de marzo podría haber sido sólo otro día más en su vida, y al menos lo fue durante la mañana, mientras redactaba con gesto resignado cartas comerciales en inglés, también lo fue por la tarde, cuando se reunió con sus amigos para beber, fumar y reñir por un soneto o un artículo, primero en el café Martinho, después en la cervecería Jansen, y nada parecía que fuera a ser muy diferente tampoco cuando empezó a caminar ya de noche hacia Passos Manuel, dispuesto nuevamente a enfrentarse a solas con su papeleo, con sus textos oscuros y distintos. Y sin embargo lo que iba a ocurrir aquella noche había sido urdido de algún modo en los vericuetos ignorados de aquella vida sin brillo, pues toda aparición siempre encuentra un camino en la niebla, había anidado tal vez entre los versos excluidos y las borracheras, en el cenagal de la depresión tanto como en los jardines del entusiasmo, pero

tampoco aquella casa donde el poeta vivía desde hacía dos años y donde tuvo lugar el extraño suceso había sido ajena a la gestación, pues se sabe que allí se mascullaban horóscopos y se hacinaban los espíritus, se reunían a menudo por las noches viudas invocadoras y viejos militares asustados, de manera que puede decirse, por tanto, que aquélla era una casa propensa a la ráfaga oscura y a las fronteras herméticas, y que, sin estar encantada o poseída, tenía un alma propia y un vocabulario incandescente.

Doña Ana Luisa Nogueira de Freitas era una mujer pequeña y cultivada, insular de Terceira — y sin embargo casi rubia, de tez muy blanca—, lectora empedernida de almanaques y resúmenes astrales, era también esposa y madre, amiga de los muertos y tía de Fernando, es decir, era la tía Anica, en cuya casa de Passos Manuel vivía el joven poeta desde 1912, en una habitación pequeña de techo alto que daba a la calle. Desde que con sólo diecisiete años, en agosto de 1905, había regresado de Durban, aquel puerto desolado de la costa africana, en las orillas del Índico, donde tuvo que pasar casi toda su infancia y en cuyos colegios fue educado como un inglés más de las colonias, dejando allá con pena a su madre y a sus hermanos, con menos pena tal vez a su padrastro, el cónsul de Portugal, Fernando había ocupado, primero, una habitación espaciosa en la casa de sus tías María y Rita, donde también vivía su abuela Dionisia, la madre de su padre, octogenaria y loca, en la calle Bela Vista, y después, aunque por poco tiempo, en un primer intento frustrado de independencia —con algún dinero heredado tras la muerte de su pobre abuela—, se trasladó a vivir solo a un piso bajo de la calle da Gloria, y luego a otro aún peor de la calle do Carmo, para finalmente acabar de nuevo en otra morada familiar y estable, esta vez la de su tía Anica, la hermana de su madre. Y parece que fue aquí por fin donde más a gusto logró encontrarse aquel muchacho distraído desde su llegada a Lisboa, ya fuera por el trato amoroso que recibiera de esta familia, ya por los intereses espirituales de doña Ana Luisa, gran aficionada a los nebulosos asuntos del Más Allá y a la conversación con las almas errantes, mujer inquieta y crédula, discípula fervorosa de aquella célebre Madame Blavatsky. Aunque con los recelos propios del librepensador que creía ser entonces, pero también con la curiosidad insaciable y viciosa que lo dominaba desde su niñez, Fernando comenzó muy pronto a asistir a aquellas tertulias esotéricas que la tía Anica presidía como una sibila lusitana en el salón aterciopelado de su propia casa, y en ellas pudo divisar auras y sombras, escuchar golpes y quejidos, saludar a los fantasmas que iban y venían tristes y despistados.

El poeta que en aquellos días era aquel joven amante de las penumbras no carecía de gracia, aunque un tanto amanerada tal vez, una gracia encontrada en los crepúsculos silenciosos y en el tedio de las horas no vividas: impresiones de un alma simbolista, europea y triste, bien rimada. El poeta que era entonces aquel morador de habitaciones prestadas, antes de aquella noche del ocho de marzo se ensimismaba en la contemplación de los colores y escuchaba el palpito secreto de los viejos diccionarios, amaba la risa del aire y los puntos suspensivos, se cubría con las sábanas perfumadas de una música interior, profunda. Y en aquel mismo y dulce abatimiento, el poeta que en aquellos días era aquel lector de sombras y mareas buscaba la piedra preciosa del origen, deseaba ver en aquellos sonidos mágicos el camino trascendente de una canción fecunda, es decir, creía en la palabra portadora de enigmas, en la palabra soñadora. Así pues, aquel orfebre órfico que era entonces el joven Fernando, engastador de girasoles abstractos y acentos circunflejos, parecía tener el don de vislumbrar, parecía conocer ya bien el oficio que se aprende a oscuras, porque sabía, en fin, labrar el verso propio hasta conseguir hacer de él un objeto sutil y metafísico, una puerta llena de signos y abierta a las noches silentes, había aprendido a pronunciar

con emoción las sílabas más extrañas, aquellas que pertenecen a la irradiante memoria que habita en el núcleo de todas las cosas, esperando nadie sabe exactamente a qué pero esperando desde siempre. El poeta que en aquellos días era aquel muchacho de veinticinco años creía estar ejerciendo entonces una misión sagrada, mística y nacional, porque había hecho también de su alma una bandera bordada por los cronistas y los filósofos antiguos, una bandera que sólo podía ondear en los paisajes enloquecidos de la vieja lengua portuguesa.

Dicen que aquella noche del ocho de marzo habló muy poco en la tertulia de la cervecería Jansen después de haber hablado mucho, sin embargo, durante la tarde, en la del café Martinho, aunque de qué se hablara en uno y en otro lugar no lo sabemos, pero sí que, entre los que estuvieron con él, escuchándolo y, por supuesto, hablando a su vez, se encontraban el poeta Mario de Sá-Carneiro y el pintor, también poeta, José de Almada Negreiros, sus amigos, en cuya compañía los alcoholes y el tabaco propiciaban siempre grandes aspavientos, humoradas, ácidos ataques a las digestiones burguesas, radicales derogaciones artísticas, himnos arrogantes a la modernidad, de todo lo cual, como de un magma oscuro y fértil, nacería muy pronto, como es bien sabido, aquel mismo año, una criatura rarísima, la revista *Orpheu*, en aquella misma cervecería del Chiado, por cierto. Pasadas las once de la noche, Fernando se levantó, todavía con uno de sus baratos cigarrillos entre los dedos, y se fue, despidiéndose casi sin palabras, como con cierta prisa, por la calle Vítor Cordon, primero, y por otras muchas callejuelas más, después, solitarias y negras, bajo una lluvia fina e intermitente, la que llevaba cayendo todo el día, hasta llegar a la suya, es decir, a la calle Passos Manuel, y recorrer el breve tramo hasta el portal número 24. Subió la escalera hasta el tercer piso, abrió la puerta, todos dormían ya en aquella hora, casi era la medianoche, fue a la cocina con la intención de calmar el inquieto vacío de su estómago con algunos restos que hubieran quedado de la cena, y de allí a su dormitorio, donde después de quitarse la chaqueta mojada y los zapatos, también mojados, se tendió boca arriba sobre la cama y cerró los ojos. Al poco de estar así, empezaron a acudir a su mente imágenes extrañas de paisajes verdes pero desconocidos, una aldea sin nombre y un río que no era el Tajo, que no podía serlo de ninguna manera ya que era demasiado pequeño, insignificante, pero sintió de repente un gran amor por él, árboles altos apuntando cielos luminosos, rebaños mansos de ovejas lanudas y felices, y antes de intentar descifrar aquella visión sobrevenida se puso a reír con ganas, se levantó de nuevo y fue a buscar la botellita de aguardiente que no faltaba nunca en su cartera de redactor de cartas y que solía vaciar todas las noches, bebió un buen trago, abrió el balcón y se asomó a la calle, por donde no pasaba nadie y continuaba lloviendo, y cuando volvía a la cama para tumbarse otra vez en ella, todavía risueño, le pareció oír una voz a sus espaldas que decía: *aquel que tiene las flores no necesita a Dios*.

Tímido y callado, aquel estudiante miope llegado de la lejana ciudad de Durban y devuelto sin madre a su Lisboa natal contrajo muy pronto la enfermedad de pensar más allá de todo pensamiento, si es que no la había traído consigo de los pantanos oscuros de África o de sus playas inmensas y amarillas, y con ella, en primer lugar, los síntomas que aparecen ya en la adolescencia, es decir, la delgadez extrema, la rebeldía y la nostalgia por lo no vivido aún, y luego también sus efectos más contumaces: la depresión, la soledad, la poesía. Entregado a sí mismo, inmerso en la desolación de sentirse vivir sin saber por qué, Fernando leía tratados ingleses en su dormitorio mientras oía discutir a sus tías o gritar a la abuela loca, o se subía a un tranvía para poder mirar la ciudad desde una amplia ventana salpicada por la lluvia, para poder observar sin ser visto a las personas que caminaban por las calles con su tristeza a cuestas o con

su felicidad, o se sentaba a la orilla del Tajo para intentar comprender el misterio de la corriente, pero también para recordar a su madre y poder llorar como un niño abandonado o perdido. Y aquí o allá, en el tranvía o en el río, en aquella habitación de sobrino ensimismado y perezoso, los pensamientos ardían en su cabeza desordenada o manaban desesperadamente hasta estancarse una y otra vez en aguas poco profundas, pero al mismo tiempo, con el impulso propio de su sangre juvenil, aquellos mismos pensamientos deshacían sistemas y construían itinerarios, vislumbraban horizontes invisibles, urdían realidades nuevas, intrincadas. Dios era entonces allí, en aquellos laberintos, una ausencia que se hacía presente, como una herida antigua que reaparece sin motivo, con su escozor olvidado, una posibilidad en el corazón de todas las cosas, era el presentimiento y era la perplejidad, era también un dolor punzante en la sintaxis del alma escindida, y más que pensar en aquel Dios posible, se tropezaba con él, pues parecía entrometerse no para dar sentido a los pensamientos, sino para abrazarlos y mancharlos con su oscuridad plena, era, sí, el misterio que rezumaban los límites del saber, la resina viscosa de la que el estudiante disperso y triste no podía desprenderse ni siquiera con los jabones y cepillos racionalistas de su pequeña biblioteca.

Que un adolescente tan predisposto a convertirse en discípulo no encontrara maestro resultó ser una circunstancia determinante, pues podría decirse que fue de este modo, es decir, bajo el influjo de aquella ausencia, como la originalidad del poeta empezó a crecer desbordada y caótica, para bien o para mal, o como su genio en desarrollo acabó propiciando una singular dispersión de identidades. No consiguió hallar maestro alguno en aquel Curso Superior de Letras en el que se inscribió a su llegada de Durban, para el cual por cierto se había venido desde allá lejos, y del que acabaría borrándose poco después sin pena y aburrido para no volver nunca más. No los encontró tampoco en los cafés del Chiado o de Alfama, a los que empezó a acudir muy pronto pero donde siempre trató con sus iguales. Y, sin embargo, hay que decir también que hubo un hombre extraordinariamente raro al que, durante algún tiempo, tal vez pudo haber considerado su mentor, y del que, sin duda alguna, logró aprender al menos ciertas formas de ensimismamiento. Se llamaba Henrique Rosa y era hermano de su padrastro, el cónsul. Pálido y bigotudo, de ojos muy azules y carácter vidrioso, soltero, este Rosa era general de brigada e ingeniero, prematuramente jubilado debido, según parece, a una enfermedad nerviosa, pero era también, además de un lector desmedido y desordenado, un poeta muy fino del siglo XIX, a cuyos versos acudió Fernando con sincero deseo de encontrar en ellos alguna gema única. Se estableció entre ellos una amistad desigual seguramente y no sólo por la diferencia de edad. El general aceptó a aquel muchacho que lo visitaba porque era el hijastro de su hermano y tal vez porque consiguiera ver en él talentos por pulir y deseaba estar presente cuando éstos maduraran, pero puede que también se sintiera halagado por aquel joven buscador de gemas que parecía admirarlo. Y sí que lo admiraba, esto era cierto, aunque sobre todo fuera por aquel piso espacioso de la plaza Río de Janeiro lleno de libros raros de donde casi nunca salía y por sus excentricidades de poeta bebedor y eternamente postrado en la cama, más por pereza y pesimismo que por debilidad nerviosa, y si bien no hubiera podido ser nunca su maestro, pues él mismo no había pasado de ser discípulo mediocre de Almeida Garret o de Antero de Quental, al menos cumplió con creces como estafalario fingidor y contertulio, ocasional consejero, como ideal romántico de soñador trágico, irascible y solitario.

Reparó al principio solamente en las palabras: *aquel que tiene las flores no necesita a Dios*. Esta vez no se tumbó sobre la cama sino que se sentó en uno de sus lados y se puso a pensar en ellas, mientras bebía de nuevo un trago de aguardiente, y sólo después de haberse repetido varias

veces aquel verso, porque ya estaba seguro de que lo era, reparó entonces en la voz que se lo había susurrado y volvió a reírse, como cuando minutos antes le habían venido a la cabeza, tumbado y con los ojos cerrados, aquellos paisajes pastoriles, aunque ahora notaba también, mientras se reía, que estaba un poco nervioso sin saber el motivo, y sobre todo acalorado, pues entretanto la temperatura parecía haber subido en aquella habitación, incluso con el balcón abierto, así que se quitó también la camisa y los calcetines. Continuó sentado en un lado de la cama, con los pies descalzos en el suelo, durante un tiempo más, pensando en las palabras y en la voz, hasta que se levantó y se acercó a la cómoda, donde esperaban siempre sus cuadernos cerrados y otros muchos papeles de la noche anterior, y fue allí mismo entonces cuando, al abrir uno de aquellos cuadernos por una de sus páginas en blanco y tomar al mismo tiempo la pluma con la otra mano, seguramente para anotar aquellas ocho palabras, tuvo una sensación de vértigo o mareo, por un momento se le nubló la vista, y todavía sin haber salido de aquel estado y, por tanto, sin poder pensar en nada, allí mismo, de pie, se puso a escribir, pero no le salieron aquellas palabras sino estas otras también nuevas: *nunca guardé rebaños, pero es como si los guardara*. Lo que vino después fue un temblor y un chorro inspirado, una combustión, una alegría indecible, una música desconocida, una muy larga noche, en fin, de versos sorprendentes, un saber extraño, ajeno a su temperamento, las palabras fluían de tal modo, con tal necesidad o urgencia, que ni siquiera había tiempo para preguntarse qué era lo que estaba ocurriendo exactamente en aquella habitación, sobre aquella cómoda, hacia dónde se dirigía aquella emanación de sílabas encantadas, de dónde procedía, para qué lo había escogido precisamente a él y en aquella noche tan lluviosa.

Mientras los versos fluían sobre las hojas del cuaderno, iba perfilándose también la figura de aquel que los dictaba, una personalidad oscura que sin embargo no sólo no provocaba temor alguno sino que, a pesar de la inquieta marea de su lenguaje, conseguía provocar una rara serenidad en el espíritu. Fernando escribió aquella noche como nunca lo había hecho y como nunca lo volvería a hacer —y así lo recordaría siempre y lo diría una y otra vez, con nostalgia y pesadumbre—, tal vez aquello fuera lo que muchos habían llamado siempre inspiración, ¡cuántas veces le había hablado de ella aquel extravagante Henrique Rosa!, y aunque él ni creía ni había dejado de creer nunca en el misterioso don que otorgan las musas a sus amantes escogidos, pues era en verdad un poeta sin convicciones, lo cierto es que se trataba de una experiencia nueva, mental y física, extraña para él, que contenía aspectos que no conseguiría explicarse fácilmente cuando algún día se propusiera hacerlo con aquella frialdad de raciocinio tan suya y que tanto podía llegar a atormentarlo. Pero mientras duraba aquel episodio singular, y duró hasta el amanecer, no hubo tiempo para pensar en estas cosas, solamente escribía versos y más versos que iban transformándose en poemas distintos, versos que decían lo que Fernando nunca hubiera podido decir, tan lejos estaban de su pensamiento, de su propio lenguaje, así que mientras los escribía parecía ir revelándose también en ellos un poeta cuya identidad ignoraba completamente, que se afirmaba dentro de él, que había tomado la pluma por él y no paraba de escribir. Aquellos nuevos poemas que brotaban sin descanso posible eran los de un hombre libre y sin prejuicios, ajeno a las variopintas corrientes de su tiempo —pero, tal vez por eso mismo, sus palabras sonaban viejas y nuevas a la vez—, un hombre seco, intransigente, como recién llegado de un pueblo de montaña, buen conocedor de ríos y de árboles, pero no menos experto en el corazón humano, en sus miedos y deseos, en sus ambiciones absurdas y en sus tristes fracasos. Había en las palabras de aquel poeta tan claro una sabiduría que no era la del filósofo, sino la del

contemplativo, y tal vez esta palabra le hubiera resultado incluso grandilocuente o falsa al escucharla, puede que solamente fuera un observador atento y lúcido, y por supuesto un solitario que había conseguido preservar, imposible saber cómo, la inocencia, para orientarse con ella por los caminos estrechos de este mundo tan equivocado.

Ya escritos los primeros ocho o nueve poemas surgió por fin un nombre, Alberto Caeiro, como una aparición más del lenguaje, como otro don recibido de las entrañas de aquel vocabulario nuevo que se derramaba sobre las hojas del cuaderno, y así empezó a saber Fernando con quién trataba, al menos conocía su nombre —que nada le decía ni a nada ni a nadie le recordaba—, y pensó entonces en hacerle preguntas, tratando de imitar aquellas conversaciones espiritistas en las que a veces participaba, entre asombrado y risueño, con su tía Anica, aunque esto era distinto, pues si este tal Caeiro era un espíritu no parecía haber llegado de otro mundo, y desde luego no había necesitado ser invocado por nadie, había irrumpido él solo, más bien se diría que el invocado había sido él, Fernando. Pero no hubo tiempo tampoco para dialogar, pues aquel chorro continuaba, fluía, no cesaba, los versos se empujaban unos a otros, y la mano escribía, esclava, fatigándose, tiranizada por aquel poeta misterioso que parecía estar tan seguro de todo cuanto dictaba y que era, sí, claramente, un maestro, o al menos hablaba como lo hacen los maestros, es decir, con autoridad y palabras sencillas, sin vacilaciones, aunque aquel evangelio fuera también, como todos lo son, dogmático en esencia, y llegara para proclamar una verdad única, bien que se iba dando cuenta Fernando de todo ello mientras el chorro manaba, y habría que aceptarlo después como era o rechazarlo, aunque de momento nada más podía hacer que escuchar y escribir. Porque aquel espíritu espontáneo y pedestre, aquel eremita de los montes bajos y los ríos de aldea, se había aparecido aquella noche para decir que el mundo no podía ni debía ser pensado, que bastaba con mirarlo y estar conforme con él, pues pensar, aseguraba, significa no comprender, enterrar definitivamente la inocencia que nos fue dada a todos como un regalo. La luz del sol, decía, vale más que los pensamientos de todos los filósofos y de todos los poetas, porque la luz del sol no sabe lo que hace y por eso nunca se equivoca y es común y buena. Y como muchos sabios antiguos, también Alberto Caeiro reía en ocasiones, en sus palabras no faltaba el buen humor, y así afirmaba, por ejemplo, que el único misterio de este mundo es que haya quien piense en el misterio, o que pensar no es otra cosa que estar enfermo de los ojos. Aquel mensaje iba tomando forma en los versos contundentes, mientras Fernando comprendía en el transcurso de aquella noche insomne que aquel poeta había llegado desde donde fuera para ser su maestro, para corregirle y mostrarle un nuevo camino, para aprender a desaprender todo cuanto había conseguido saber hasta aquel día.

Por supuesto que Fernando no discutía aquellos versos que no parecían pertenecerle y que sin embargo eran para él, aunque algunas veces tuviera ganas de hacerlo, porque el maestro Caeiro se mostraba intransigente hasta extremos caprichosos (¿por qué le disgustaban tanto, por ejemplo, los pianos?), pero pensó a tiempo que, como en todos los evangelios, tampoco en éste debían de faltar ambigüedades y declaraciones extrañas que algún día habría que interpretar, por no hablar de las erratas que podían deslizarse durante aquel dictado. Desde el principio, aquellos versos habían apuntado y disparado muy certeramente contra su propia poesía, contra su pensamiento abstracto, negando y ridiculizando sus ansias metafísicas, porque para aquel animoso pastor no existían sentidos ocultos ni secretos por descifrar, la Naturaleza era tal como se mostraba y la sentíamos, nunca le pedía a nadie nada, y no había ni dentro de ella ni más allá de sí misma intimidades filosóficas, razones absurdas que desentrañar. Ni siquiera podía decirse que existiera la

Naturaleza como un todo, sólo partes visibles, elementos solitarios. Nuestra riqueza es ver, decía una y otra vez en sus versos, y ese ver continuo y abierto que, también decía, ya no era posible en las ciudades, lo era aún sin embargo en los campos y en los ríos, en las montañas, en los cielos llenos de estrellas, con su sol y con su luna. Y era con los ojos como lograba conocer entonces el hombre su única misión en el mundo: existir claramente y saber hacerlo sin pensar en ello. En alguna ocasión, entre bromas de café, le había dicho Fernando a su amigo Mario de Sá-Carneiro que algún día imaginaría ser un poeta bucólico o inventaría uno, pero este Caeiro aparecido ahora poco o nada tenía que ver con el bucolismo tradicional, se trataba de un poeta indómito y nada complaciente, al parecer ni siquiera le gustaban los animales, y hasta se permitía decir en sus versos, alardeando, que no había leído ni un solo poema de Virgilio. Le repugnaban los símbolos y las alegorías, la idealización del mundo le provocaba mareos, y no hubiera permitido nunca que sus guardadores de rebaños se enamoraran de seductoras ninfas inexistentes. Parecía ser, digámoslo así, aun siendo muy difícil incluso imaginarlo, un poeta de la Naturaleza en el sentido más estricto y tal vez menos usado: un cuerpo no escindido aún del cuerpo mineral y salvaje de la tierra. Y este cantor privilegiado aseguraba dedicarse solamente a celebrar la vida íntima de sus sentidos, sin esperar nada a cambio, con el egoísmo natural de las flores y de los ríos que siguen su camino propio, aunque para poder declarar su mensaje bendito hubiera tenido que sacrificarse y recurrir a la contradicción de pensarse a sí mismo y de hacer pensar también a quienes algún día leyeran sus poemas.

Amaneció, seguía lloviendo y aquel fantasma montaraz calló, se fue como vino, Fernando se tumbó sobre la cama, exhausto, trató de dormir pero no pudo, con los ojos cerrados se puso a pensar entonces en lo que había sucedido aquella noche, no se trataba de un sueño, de esto estaba bien seguro, sobre la cómoda continuaba abierto el cuaderno con los poemas nuevos, sin tachaduras, tal como habían llegado hasta él, más de trescientos versos claros y rotundos, el chorro oracular de un visionario o de un loco, su saliva abrasadora. Pero, ¿qué tenía que ver con él aquel mensaje primitivo y hosco, o qué rara y obsesiva verdad apuntaban aquellos verbos pétreos, aquellos sustantivos insaciables, repetidos una y otra vez para celebrar y preservar la inocencia del mundo? Se levantó de nuevo y se puso a leer, uno a uno, en voz alta, los versos del desconocido, aquellos versos que él mismo, indudablemente, había escrito durante la noche larga y oscura, aunque tal vez no le pertenecieran, puede que le hubieran sido prestados sólo para algún fin que ignoraba todavía. Acabada la lectura, con la vista fija en el espejo, también en voz alta, se dijo a sí mismo: no sé quién soy ni qué alma tengo. Salió al balcón, que había estado toda la noche abierto, respiró el aire marítimo, la humedad de las nubes grises de Lisboa. Encendió un cigarrillo y, asomado a aquella calle mojada, vio salir de sus casas a los primeros vecinos que iban al trabajo, como todos los días, felices y sin preocupaciones. Regresó a la cómoda, cerró el cuaderno de la noche pero abrió uno nuevo con sus hojas en blanco y, allí mismo, también de pie, empezó a escribir otros versos, buscándose en sus propias palabras y en una sintaxis nueva y caleidoscópica, plural como el universo, sospechando un sesgo decisivo y liberador, una transición oblicua en sus poemas después de aquel suceso nocturno que no conseguía explicarse pero que ya juzgaba útil y determinante, el principio de una identidad apuntalada en aquel no saber quién soy ni qué alma tengo: la del poeta que ha abierto un corredor poblado de sombras incisivas y voces turbadoras.

El padre que no tuvo y el maestro que no había conseguido encontrar, el compañero ideal inexistente y el poeta que no podría ya ser nunca, pues la inocencia de la infancia se había

transformado hacía tiempo sólo en el recuerdo punzante de una pérdida, todas estas figuras fugitivas aparecían reunidas en aquel argonauta de los sentidos, en aquel indómito defensor de lo puro, es decir, se trataba de un espíritu de ausencias acumuladas, era el rostro mismo de la soledad, además de una broma estupenda urdida con los hilos de la contradicción, porque Alberto Caeiro era el poeta que enseñaba a mirar de forma antipoética, era un ser que había venido desde el más allá de lo real para afirmar que el más allá de lo real no existía. Fernando había creado un maestro y muy pronto supo que él no podría ser nunca su discípulo más fiel, amante como era de los misterios de este mundo, indagador espiritual y poeta del pensamiento, por más que en ocasiones deseara sentir lo mismo que decía sentir aquel pastor despreocupado, así que no tardó en multiplicarse y, ya que el buen portugués es siempre varias personas, según a él mismo le gustaba pensar y decir, se convirtió en médium literario, en invocador de poetas excéntricos, de manera que al paganismo de Alberto Caeiro no le faltaran sus evangelistas fervorosos, ni a la poesía de Fernando otras voces divergentes y necesarias. Así nacieron aquellos compañeros de espíritu, aquellos seres desmedidos, ojerosos y célebres, es decir, Ricardo Reis, doctor latinista y epicúreo, y Álvaro de Campos, ingeniero naval y futurista, que si bien se parecían muy poco a su maestro, asumían una influencia esencial, ya que a ambos les había abierto la vista aquel fantasma, y una misión transparente, la de ensalzar su figura mítica. Y es por ellos también por lo que aquella sombra aparecida la noche del ocho de marzo de 1914 en la habitación de Fernando, en casa de la tía Anica, tuvo retrato y escueta biografía, y así sabemos que nació en Lisboa el mes de abril de 1889, y que murió en esta misma ciudad, tuberculoso, en 1915, aunque vivió casi toda su vida, solo, en una casa aislada y encalada, en los campos fecundos de Ribatejo. Se trataba, pues, de un maestro muy joven, sorprendentemente, y no el anciano canoso que sus poemas parecían insinuar. Al parecer tenía los ojos azules del niño que desconoce el miedo y un extraño aire griego que le venía de muy adentro. Pálido de rostro, cabello rubio acastañado y estatura media, su voz tenía el tono de quien solamente busca decir lo que está diciendo, clara y libre de dudas. Sus manos eran delgadas y en la expresión de su boca había una sonrisa permanente, aunque también sobria y casi imperceptible. Era el hombre más sincero que pueda haber habido nunca: sólo creía en sus sensaciones. Él mismo se definía de este modo: soy una sensación mía. Consiguió rasgar la niebla cristiana —en bella y exacta expresión de Ricardo Reis— que cubre la Naturaleza y las emociones que de ella nacen, por lo que también se llegó a decir de él que había sido una especie de San Francisco de Asís sin fe —en no menos bella y exacta expresión de Álvaro de Campos—. Aseguraba que nadie envejecía y que morir era una cosa que estaba más allá de los montes. Odiaba la ambición y no sabía idiomas. Además de *El guardador de rebaños*, título con el que se recogieron aquellos poemas de la noche insomne de marzo, el poeta Caeiro dictó otros dos libros de versos: *Poemas inconjuntos* y *El pastor amoroso*. Se dice que este último pudo haberlo susurrado después de muerto. Lo que Ricardo Reis también dijo muy bellamente, y parece que en esto todos estuvieron de acuerdo, también Fernando y otros discípulos que llegaron después, como el filósofo Antonio Mora, es que con sus poemas aquel maestro de los campos solitarios de Ribatejo nos devuelve, cantando, a la nada luminosa que somos.

Después de aquella noche de marzo de 1914, y al menos durante los dos años que siguieron, aquel Fernando múltiple y disperso se acurrucó para poder perderse en sus propios laberintos interiores, se bañó a diario con aguardiente y, aquejado de temores oscuros, buscó la sanación en los horóscopos y otras frutas esotéricas. Se puede ser muchos y seguir estando solo. El miedo a la locura presidía aquella mesa redonda de invocaciones sintácticas donde soplaban un viento de

voces nuevas y distintas, y el médium empezó a verse a sí mismo, después de haber regalado a sus compañeros de espíritu los mejores poemas, como un ser vacío, casi inexistente, un alma desposeída del pulso vital. La tía Anica abandonó Lisboa con su familia, se fue a vivir a Suiza, y Fernando volvió de nuevo a ser el huérfano de siempre, desamparado y pobre, ahora también sin casa. Llegaron días muy sombríos de los que se sabe que el poeta tuvo que dormir en el sótano húmedo de una lechería de la calle Almirante Barroso, que fue expulsado de la redacción de *O Jornal* sólo una semana después de haber empezado a trabajar en ella, que sufrió un desgarró muy profundo al conocer la noticia de que su madre, doña María Magdalena, allá en África aún, había sido víctima de una apoplejía, y al enterarse también, poco después, de que su amigo más querido y admirado, Mario de Sá-Carneiro, se había suicidado en París. Ni el maestro Caeiro, a quien también por aquellos mismos días decidió enterrar sin honores, ni los discípulos predilectos de éste, es decir, el doctor Ricardo Reis y el ingeniero Álvaro de Campos, cada vez más locuaces y brillantes en sus odas extremas, cada vez más considerados y respetables, consiguieron consolar a su invocador, entregado al estudio de la teosofía y a los recuerdos más tristes, a la amarga compañía del hambre y del fracaso. Con aquellos fantasmas ilustrados, porciones ideales de sí mismo, entre sombras y risas, Fernando había logrado huir y liberarse, aunque no supiera de qué exactamente, pues en una fuga verdadera nunca se mira hacia atrás ni se hacen preguntas, sólo importa el camino que hay por delante, había encontrado en sus versos contradictorios una forma de sentir el mundo, la única posible para él, según pensaba, de amarlo tanto como de odiarlo, de cantarlo y de aborrecerlo, cada emoción diferente poseía su voz propia y singular, pero ahora tendría que soportar también para el resto de sus días los temblores febriles de aquella fértil autodestrucción, la certidumbre que aguarda siempre entre los escombros.